Proletariado y capital: ¿un idilio demasiado breve?

Théorie Communiste nº 19, junio de 2004, pp. 5-59

crítica de los folletos de Gilles Dauvé y Karl Nesic:

Il va falloir attendre
y
Solidarité sans perspective et réformisme sans réforme

Abordaremos a menudo los dos últimos folletos de Dauvé y Nesic: *Il va falloir attendre* (*Troploin*, febrero de 2002) y *Solidarité sans perspective et réformisme sans réforme* (Lettre de *Troploin* nº 3, noviembre de 2003). Cuando la única referencia sea la de la página, se trata del folleto *Il va falloir attendre*.

El folleto *Il va falloir attendre*, de Dauvé y Nesic, posee un mérito indiscutible y poco habitual: corresponde a un verdadero discurso teórico (un discurso que pasa por el capital) en el sentido de que plantea como indisociables la cuestión de la reestructuración y la de la revolución. Contentarse con examinar las luchas del proletariado como una sucesión de asaltos hasta una victoria final definida desde el principio de los tiempos es muy insuficiente. Dauvé y Nesic plantean sin ambigüedad que la revolución y la reestructuración son una sola y misma cuestión, algo que se les escapa a todos aquellos para los que un catastrofismo simplista hace las veces de pasaporte al comunismo. ¿Hay o no hay una reestructuración? ¿De cuánta intensidad y de qué naturaleza? La cuestión se aborda de frente y los autores saben que de las respuestas a estas preguntas dependen nuestra actividad actual y nuestra comprensión de las luchas de clases y sus relaciones con la revolución.

Ahora bien, el modelo de las relaciones sociales, es decir, de la relación de explotación, en el que se basa todo el folleto de Dauvé y Nesic, es el del «compromiso fordista» y su reactualización. Este fue una visión ideológica de la economía; fue la ideología de la izquierda, y actualmente es la visión del *democratismo radical,* del «ciudadanismo». Dauvé y Nesic no son demócratas radicales ni ciudadanistas, pero les gustaría que la clase capitalista lo fuera, por su propio bien y... por el de la revolución. Incluso después de haber reconocido las mutaciones de la organización del trabajo, de la reproducción de la fuerza de trabajo, del ciclo mundial del capital —en una palabra, de la relación de explotación— los autores tienen una obsesión: esperan que la revolución proceda del reforzamiento del «reformismo radical». Quieren *pegar* el «compromiso fordista» sobre la reestructuración del capital. No pueden concebir la posibilidad de ésta última más que a condición de que incluya a aquel. «La historia no se repite», dicen, pero para que ellos admitan un cambio es preciso que nada cambie.

Si Dauvé y Nesic esperan que se nos restituya un «capital dinámico» basado en el modelo del de los «Treinta Gloriosos», es porque sólo éste nos restituiría un «proletariado dinámico» y revolucionario: el que «rechaza la prosperidad». La razón de su visión de la reestructuración hemos de buscarla en su teoría de la revolución. Dauvé y Nesic son unos hijos del '68 que han decidido no seguir creciendo. Su teoría de la revolución es la que nació del *fracaso* del '68: *la revolución obrera con rostro humano*.

Una «teoría de la revolución» que no puede reconocer la reestructuración
La obsesión con el «movimiento de mayo del '68»
(o con su ideología)

«En torno a 1968, la crítica proletaria quedó inconclusa, sin utilizar apenas el arma de la centralidad del trabajo: además, esta crítica no fue derrotada por algo más fuerte que ella, sino que se detuvo por el camino.» (*ibíd.,* p. 14)

En los dos folletos de Dauvé y Nesic, mayo del '68 es la referencia constante, la norma, la parrilla de lectura de todos los acontecimientos actuales. Para asistir a la formación de su ideología de la revolución hay que empezar por ahí.

El período de finales de la década de 1960 y comienzos de la de 1970 fue el de la primera crisis y el primer movimiento revolucionario bajo la subsunción real. Fue, además, el de la liquidación de todas las formas antiguas del movimiento obrero y de todo lo que podía fundamentar una identidad obrera que abriera el camino a la afirmación del proletariado como clase dominante. Lo que entonces se vislumbró fue que el comunismo no es un modo de producción y que la abolición del capital no podía ser sino la negación de las clases y del proletariado mismo mediante la producción de lo que entonces se llamó «la comunidad humana». Si no fue cuestión de «utilizar el arma de la centralidad del trabajo», como constatan Dauvé y Nesic, es porque el contenido crítico esencial de mayo del '68 y de todo ese período consistió en afrontar prácticamente el hecho de que la revolución no es una cuestión de gestión ni de transformación del proletariado en clase dominante que generaliza su situación y universaliza el trabajo como relación social y la economía como objetividad de la sociedad en tanto relación entre cosas. Los obreros huyeron de las fábricas ocupadas por los sindicatos, y los más jóvenes y otros se unieron a la protesta estudiantil. Mayo del '68 fue la crítica en actos y a menudo «con los pies» de la revolución como ascenso y afirmación de la clase. Los obreros sólo volvieron a entrar en las fábricas en el momento de la vuelta al trabajo, y a menudo, no sin resistencia violenta.

Fue así como entonces se hizo evidente que la revolución ya no representaba el coronamiento del ascenso de la clase en el seno del modo de producción capitalista, que culminaba en su afirmación como clase dominante, en el poder de los Consejos Obreros o en el Estado socialista. Teóricamente, sólo heredamos un primer elemento que confirmó las producciones teóricas más lúcidas de finales de los años sesenta: la imposibilidad de la revolución como afirmación de la clase y emancipación del trabajo. Mayo del '68 no se quedó en este *impasse*. Bajo la subsunción real, el capital había subordinado a sí mismo toda la reproducción social, todos los aspectos de la vida. La revuelta abarcó, pues, la totalidad. El movimiento del '68 nos proporcionó así un nuevo elemento. La revolución ya no podía limitarse a cambiar a los propietarios de las fábricas ni ceñirse tampoco al proceso de producción. Al abarcar toda la vida cotidiana, constituía la negación de la condición proletaria, y no podía ser revolución sino con esa condición. Fue así como el movimiento de mayo puso sobre el tapete de la historia de la lucha de clases la necesidad de abolir al proletariado, pero *sólo así*.

La revuelta obrera contra la condición obrera, revuelta contra todos los aspectos de la vida, estaba presa en un desgarramiento. No podía expresarse y hacerse efectiva más que volviéndose contra su fundamento real, la condición obrera, pero no para suprimirla, ya que no hallaba en sí misma la relación con el capital que habría podido constituir esa

supresión, sino para *separarse* de ella. Por un lado, un movimiento obrero fuerte, con raíces todavía sólidas, la confirmación dentro del capital de una identidad obrera, un poder reconocido de la clase, y a la vez, una imposibilidad radical de transformar ese poder en fuerza autónoma y afirmación revolucionaria de la clase del trabajo; por otro y *positivamente*, esa imposibilidad supuso la extensión de la revuelta a toda la reproducción social, revuelta a través de la cual el proletariado se negaba a sí mismo.

La revolución sólo podía ser la negación de la condición obrera, pero ésta hubo que buscarla, no en la relación entre proletariado y capital, sino en la universalidad de la alienación. Alienación *universal*, y por tanto *humana*, que se justificaba a sí misma a través de la impugnación de los estilos de vida impuestos, del consumo, de la «prosperidad capitalista», como dicen Dauvé y Nésic. Esta revuelta contra la condición obrera, que se prolongaba más allá del proceso de trabajo, produjo su razón de ser fuera de sí misma. En tanto universalidad de la alienación, se autonomizó de sus condiciones reales; no parecía derivarse directamente de la situación de la clase obrera, sino de una realidad social colectiva, la «alienación universal», de la que el obrero era el compendio y la condensación. No es casualidad que esta revuelta sólo se hiciera efectiva mediante su confluencia con la protesta estudiantil. Se desprendió de sí misma, se volvió ajena a ella misma y se desdobló en una revuelta obrera encerrada en su *impasse*, que adquirió para sí misma una forma autónoma y misteriosa: la revuelta contra todos los aspectos de la vida, que ponía de relieve y en movimiento al obrero como ser *universal* y por ello *humano*. Si esta revuelta contra la «totalidad de la vida» fue entendida como «revuelta humana», fue porque no se podía considerar que, a partir de su situación de clase, el proletariado pudiera llegar a otra cosa que a afirmarse y, en el mejor de los casos, a la imposibilidad de hacerlo, al mismo tiempo que esta imposibilidad representaba la revuelta contra la condición obrera, es decir, la revuelta contra la totalidad de la vida cotidiana. Si la revuelta obrera se desprende de sí misma y se fija en las nubes, constituyéndose así en reino autónomo de la Humanidad, esto sólo puede explicarse por lo que ahora se nos presentan como los límites, el desgarramiento y la contradicción de esta revuelta obrera consigo misma.

La imposibilidad de la afirmación se mantuvo como la última palabra de la actividad revolucionaria de la clase, pero en aquel entonces su contenido puramente negativo pudo ser superado otorgándole una dimensión positiva. La «solución» consistió en considerar al proletario en su dimensión total: la de individuo y la de ser humano. A finales de los años sesenta, la solución al enigma parecía ser la prosperidad (que estaba agotándose) y su crítica (la sociedad de consumo, la vida cotidiana, la alienación), el movimiento obrero y el rechazo del trabajo. La revolución tenía que ser obrera y humana, pero obrera porque en el obrero era el ser humano el que se veía negado. En tanto obrero, el proletario tenía la posibilidad de destruir esta sociedad; en tanto ser humano, la de construir la nueva. Partiendo del hecho de que la crisis del *New Deal* condujo a esta teoría de la revolución, Dauvé y Nesic deducen que es *la* revolución la que exige esto. Quedarse ahí es quedarse en una ideología nacida del fracaso del '68. El fracaso del '68 consistió en ser el último gran movimiento que no podía tener como perspectiva más que la gestión obrera, en el mismo momento en que la mayoría de sus actividades constituían la crítica de esa perspectiva. La teoría de la revolución obrera con rostro humano es el fruto peculiar de una época muy concreta: la crisis de lo que Dauvé y Nésic llaman el «New Deal».

¿Cómo puede abolir las clases una clase que actúe estrictamente como clase? Esta es la cuestión central de la teoría. Mientras que, a partir de finales de los años setenta, las

transformaciones de la relación de explotación en curso estaban en vías de proporcionarnos una nueva solución que ya no pasaba por la afirmación de la clase y el incombustible período de la transición, la mayoría de las reflexiones teóricas de la época, en lugar de entender el fracaso del '68 como un cambio de período histórico dentro de la contradicción entre las clases y, al mismo tiempo, la afirmación del proletariado como una época pasada, insuflaron humanidad al proletariado. Los más radicales dentro de este recorrido abandonaron toda teoría de la revolución como proletaria (*Invariance*); los demás hicieron del proletariado el depositario de una «tendencia hacia la comunidad humana» y consideraron la ideología que habían producido acerca del fracaso del '68 como la fórmula revelada de la revolución comunista: bajo el proletariado, el hombre; bajo el trabajo, la actividad humana.

La época de la afirmación del proletariado no había sido entendida como superable en los propios términos de la relación de explotación entre proletariado y capital, sino porque la subsunción real permitía añadir a dichos términos la revuelta a título humano. Se había creado un proletariado quimérico, mitad clase, mitad humanidad. Se trataba de una contradicción interna, por lo que podía negarse a sí misma. Fundamentalmente, se conservó lo que había constituido el fracaso del '68, pero se hizo de ello una teoría según la cual podría haber tenido éxito: la contradicción interna no habría sido llevada hasta el final. Mediante su imposibilidad, en la que se revelaba la humanidad, la revolución como afirmación de la clase se convirtió en la última palabra de la historia de las luchas de clase.

Naturalmente, el «rechazo al trabajo», los disturbios, los saqueos y las huelgas sin reivindicaciones se convirtieron en la actividad por excelencia en la que podía basarse esta ideología. Para Dauvé y Nesic, esta ideología, resultante de las limitaciones y del *fracaso* de mayo del '68, se convierte en la referencia histórica absoluta, el movimiento que ha de completarse «tanto teórica como prácticamente».

Una revolución obrera con rostro humano

En su folleto *Solidarité sans perspective et réformisme sans réforme*, Dauvé y Nesic afirman que la sociedad capitalista «produce las condiciones de su superación, pero sólo las condiciones, no la superación».

No vamos a reanudar el falso debate entre «posibilistas» e «inevitabilistas» (ese debate queda superado si hablamos del comunismo, no como conclusión, sino en el presente); nos limitaremos a examinar la forma en que se plantea aquí la cuestión de la superación, es decir, la de la revolución comunista. Al separar las condiciones de la superación de la propia superación, lo único que logran Dauvé y Nesic es convertir a las primeras en un cúmulo de *condiciones objetivas* cuyos criterios de maduración habría, por tanto, que definir (o decir que siempre lo son) y, a la segunda, no en un milagro —ya que tiene condiciones—, sino en el encuentro entre esas «condiciones» y predisposiciones a o «anhelos» de un «más allá», de acuerdo con las expresiones utilizadas a menudo por los autores. Esperan que el capital *proporcione la situación* en la que el «anhelo humano de comunidad humana» pueda hacerse efectivo. Se enfrentan entonces a una doble dificultad:

* definir y fundamentar este «anhelo humano...»
* definir y fundamentar las condiciones capitalistas de su posible aparición.

En lo tocante al primer punto, en lugar de exponer sistemáticamente su teoría, salpican sus textos de observaciones furtivas con la esperanza de que éstas se abran paso subliminalmente.

Primer mensaje subliminal

«La relación capitalista supone un constreñimiento, pero es disfuncional en la medida en que olvida la dimensión *"antropológica"* (subrayada *y* entrecomillada en el texto, nota del autor) del trabajo.» (p. 21). El mensaje esencial reside en el uso simultáneo de la *cursiva* y de las «comillas». Los autores subrayan la importancia del asunto empleando la cursiva, pero al mismo tiempo, mediante el uso de las comillas, nos dicen que no hay que tomar lo que dicen al pie de la letra. Pese a escurrir el bulto de esta manera, lo que viene a continuación nos permite adivinar que la dimensión «antropológica» del trabajo consiste, por una parte, en que mediante el trabajo un ser humano entra en relación con otro y, por otra, en que el trabajo crea un «*sentido*» (p. 21 — término que también está subrayado y entrecomillado en el texto, N. del A.[*]) para el hombre que trabaja.

Segundo mensaje subliminal

«... ninguna tarea, ningún acto productivo, será jamás completamente reducible a tiempo.» (p. 17). Entiéndase bien de qué se trata: lo que el modo de producción capitalista tiene de problemático no es una contradicción interna relativa a la valorización del valor, —lo cual constituye la propia lucha de clases—, sino el hecho de que el capital nunca lograría absorber totalmente la «actividad humana». El problema se sitúa, por tanto, entre el capital y una exterioridad preexistente e inexpugnable.

Tercer mensaje subliminal

«Su (des)mesura (la del capital, N. del A.) reside en tomar al pie de la letra la reducción del trabajo complejo al trabajo simple, la transformación de todo movimiento humano en unidades cuantificables, y en convertir en realidad aquello que sólo puede existir como abstracción.» (p. 17).

La (des)mesura está, por tanto, en relación con una vara de medir constituida por el «movimiento humano». Señalemos que la crítica no atañe a esa acción propiamente fantástica, llevada a cabo por el capital, consistente en reducir la diversidad de las actividades humanas a la característica común de ser trabajo humano, sino al hecho de que esta cosa increíble que no es más que una «abstracción» se convierta en una «realidad» y se tope con la singularidad esencial del «movimiento humano». Nótese también la pequeña superchería subliminal consistente en dar a entender que el trabajo humano es por definición trabajo complejo en el sentido de que pone en movimiento todo tipo de cualidades, pero que el trabajo simple es siempre «el trabajo medio simple [...] dado para una sociedad determinada» (*cfr. El Capital*, Siglo XXI, tomo I, vol. 1, p. 54), por lo que puede incluir todo tipo de conocimientos técnicos, habilidades y legados históricos. El trabajo complejo no parece, en tal caso, tan capitalista como el trabajo simple; se presenta como otro nombre de la «dimensión antropológica».

---

[*] Nota del autor.

Cuarto mensaje subliminal

«En 1936, conceder dos semanas de vacaciones era dejar de reducir al trabajador a su trabajo y reconocer la humanidad del proletario». Atención, Dauvé y Nesic ni siquiera nos dicen que los proletarios de 1936 se rebelan y luchan como clase a título humano, sino que los diputados del Frente Popular reconocen que los proletarios son seres humanos.

Quinto mensaje subliminal

El trabajo asalariado es «la compraventa de energía humana para ponerla a trabajar con el fin de producir más dinero» (*Solidarité sans perspective*..., p. 14). Lo que se compra y se vende es una mercancía: la fuerza de trabajo. Es cierto que por este nombre «entendemos el conjunto de las facultades físicas y mentales que existen en la corporeidad, en la personalidad viva de un ser humano.» (Marx, *El Capital,* Siglo XXI, tomo I, vol. 1, p. 203). El deslizamiento efectuado por Dauvé y Nesic es sutil (aunque espontáneo en ellos), pues al sustituir la «fuerza de trabajo» por la «energía humana», elevan esta última al rango de concepto. El capital ya no se presenta «como una nueva *época* en el proceso de la producción social» (*ibíd.*, p. 207) porque constituye el encuentro entre el «hombre con los escudos» y el «trabajador libre» que sólo dispone de su «fuerza de trabajo» como mercancía que vender, es decir, que no se presenta como una relación social entre capitalistas y proletarios, sino como la absorción de la «energía humana» por el dinero. La «energía humana» (si queremos denominar así a las facultades físicas e intelectuales), que es el valor de uso de una mercancía particular que no existe bajo esta forma general y abstracta *sino en la medida en que esta mercancía existe,* aparece como una invariante, como una potencia ahistórica intrínseca al ser humano de la que el capital se apodera. Podríamos hablar en tal caso, no de las relaciones entre la fuerza de trabajo y el capital, sino de la relación entre el capital y la «energía humana», lo cual resulta, de buenas a primeras, al igual que el «movimiento humano», más *sexy*.

Las condiciones *del segundo punto* son la «*prosperidad*» y el «*exceso de capitalismo*».

«Un movimiento social se afirma como comunista cuando rechaza la riqueza propuesta o prometida y no la pobreza impuesta: la crítica nace del exceso de capitalismo, no de su carencia.» (*Il va falloir attendre,* p. 2).

Pasemos rápidamente sobre el «exceso de capital». Si por capital entendemos una relación social, la hinchazón abdominal del hombre con la barriga vacía se debe a un exceso de capital. Por capital, Dauvé y Nesic entienden aquí «exceso de mercancías». Ahora bien, al pasar del capital a la mercancía, hemos pasado de una contradicción entre clases en el marco de la relación de explotación a la «crítica de la sociedad de consumo». Hemos pasado a una insatisfacción general («humana») con los bienes de consumo «ofrecidos» por la sociedad capitalista.

Examinemos la «prosperidad». Para Dauvé y Nesic, si la revolución, para ser la buena, ha de llegar en el momento en que la «prosperidad» se interrumpe, es porque es proletaria, desde luego, pero simplemente porque el proletariado es aquí el garante y portador de las necesidades humanas. Dauvé y Nesic convierten la «revuelta contra la prosperidad» poco menos que en una cuestión de dogma repetida de acuerdo con esta

fórmula: «*Un proletariado dinámico presupone un capital dinámico*» (p. 2). Nótese que esto podría significar sencillamente que dicho proletariado quiere participar plenamente de la prosperidad capitalista, comprendida ahí, como en Rhodiaceta[1], la participación en la sociedad del tiempo libre y del ocio: «reclaman tiempo para vivir».

Esta fórmula sobre el «capital dinámico» y el «proletariado dinámico» merece que nos detengamos en ella un momento. En ambos folletos, el «capital dinámico» es el que produce el «vínculo social» y la «adhesión». Si el proletariado está «socialmente vinculado» y «se adhiere», ¿cuál es la naturaleza de su dinamismo? Este dinamismo sólo puede consistir en la voluntad de participar todo lo posible de la «prosperidad». No se puede decir al mismo tiempo que el capital dinámico produce la «adhesión» y el «vínculo social» y que el dinamismo proletario que constituye su corolario tiene como contenido el «rechazo de la prosperidad». Hay que escoger: o bien el capital dinámico produce el «vínculo social» y la «adhesión» —pero en ese caso no existe un proletariado dinámico en el sentido de Dauvé y Nesic—, o bien existe un proletariado dinámico tal y como lo entienden ellos, pero en tal caso no hay «adhesión» ni «vínculo social». Dauvé y Nesic han resuelto esta incoherencia decidiendo no hablar de la lucha de clases durante la época «fordista». Esta ausencia nos obliga a emitir una suposición: el proletariado dinámico y que se adhiere, el del capital dinámico, reivindica toda la «prosperidad» posible hasta el momento en que, postrado por la indigestión, rechaza la «prosperidad».

Ahora bien, si leemos atentamente los textos, nos damos cuenta de que este rechazo se produce en un momento preciso: el del *agotamiento* del dinamismo. El vínculo entre proletariado dinámico y capital dinámico, afirmado como postulado, se revela en el momento en que el capital ya no es… tan dinámico como antes. Dauvé y Nesic enuncian, de hecho, una teoría de la revolución ligada a la crisis, que para ellos es el anatema absoluto de su ideología de la revolución. «Si el comunismo significa tomar nuestras vidas en nuestras propias manos, ¿qué valor tendría una revolución a la que nos viéramos impelidos casi a nuestro pesar?», claman estas almas bellas. Su frágil construcción se apoya sobre un oxímoron: «el agotamiento del dinamismo». El «agotamiento» nos permite dejar de tener «vínculos sociales», y el «dinamismo» nos permite mantener la «prosperidad». Es de una oscura claridad.

Plantear la cuestión de la revolución en términos de «revuelta contra la prosperidad» y «capital dinámico» no permite darle otra respuesta que la suya: la pregunta sólo tiene sentido dentro de la problemática de Dauvé y Nesic. En cuanto al «proletariado dinámico», muchos espíritus avispados, también entre los revolucionarios, teorizaron el fin de las clases cuando el capital era tan «dinámico». Más que una regla general, lo que importa es el contenido de esta dinámica del capital, es decir, una forma y un contenido históricamente específicos de la contradicción entre proletariado y capital.

Históricamente, se constata que han estallado movimientos revolucionarios tanto en la parte inferior de una onda depresiva como en la parte superior de una onda ascendente, pero siempre durante el período de giro de 180º. Ahora bien, la prosperidad de Dauvé y Nesic no es el tema de un debate entre historiadores. Su «prosperidad» es uno de los ladrillos de una construcción ideológica. Por eso dirán que la condición adecuada para la

---

[1] Rhodiaceta, empresa industrial fundada en 1922 y que cesó su actividad en 1981, se convirtió rápidamente en la principal productora francesa de hilo sintético. En el momento culminante de su desarrollo, empleaba a ocho mil trabajadores, con salarios eran bastante más altos que la media, pero con unas condiciones laborales muy duras. Rhodiaceta fue el punto de encuentro de una de las luchas emblemáticas del '68 y de un grupo de cineastas (el grupo Medevekine) en torno al realizador Chris Marker. [N. del t.]

revelación del «anhelo humano...» es el momento en que «la prosperidad se agota», lo que los economistas llaman tontamente la «inversión de la coyuntura» y otros la «crisis». La prosperidad de la que hablan no es más que una abstracción. Se trata de La Prosperidad, no de la prosperidad tal y como puede ser definida históricamente en una fase concreta del modo de producción capitalista. En cualquier caso, si esperamos que la revolución llegue de la mano de la «revuelta contra la prosperidad», ¿por qué tendría que «agotarse»? El «agotamiento» no es más que un suplemento de su teoría carente de consecuencias; «agotamiento» significa, en realidad, que la prosperidad ha alcanzado su punto máximo; la tragedia reside en que ese momento sólo es conocido como tal cuando ya ha pasado, es decir, mediante la crisis. Agregar el «agotamiento» a la «prosperidad» es una concesión que se ven obligados a hacerle a la historia, pero toda su teoría de la revolución sería mucho más coherente con la «prosperidad» por sí sola. Así lo entienden ellos mismos.

La «revuelta contra la prosperidad» remite a lo «humano», la crisis al obrero. El «agotamiento de la prosperidad» remite un poco a ambas cosas, de forma ecléctica. El término «prosperidad» no es más que un elemento necesario de la ideología de la revolución obrera con rostro humano. Es esta ideología la que hay que criticar porque, al fin y al cabo, Dauvé y Nesic, como todo el mundo, dicen que los momentos revolucionarios son puntos de inflexión y de crisis económica, pero su ideología les obliga a llamar «prosperidad» a tales momentos. La palabra que no pueden utilizar es «crisis». Si quieren que haya «prosperidad», es sólo porque la revuelta obrera dentro de y contra la «prosperidad» (la «sociedad de consumo») tiene rostro humano. La prosperidad derivada de la abundancia de mercancías no es más que una advenediza antitética a las verdaderas necesidades humanas. Si el término «crisis» es tabú, es porque la revolución es obra de la libre determinación humana; para ellos, la «crisis» es la miseria, y la miseria es el determinismo (no se dan cuenta de que aguardar la «prosperidad» remite a un determinismo estructuralmente idéntico).

Si el comunismo significa tomar nuestras vidas en nuestras propias manos, ¿qué valor tendría una revolución a la que nos viéramos impelidos casi a nuestro pesar?» (p. 2) Dauvé y Nesic no se imaginan ni por un segundo que, si me veo impelido a la revolución como proletario, no me veo impelido a mi pesar.

La comunización no existe como proyecto de un «más allá» ya presente frente al capital; no es el resultado de una libertad indeterminada o esencial, sino la actividad del proletariado *a través de* la destrucción del capital, es decir, una actividad que tiene lugar dentro del modo de producción basado en el capital: la actividad del proletariado definida en una relación de implicación recíproca con el capital. En el modo de producción capitalista, sólo los proletarios pueden abolir el capital mediante la producción del comunismo. La comunización es obra del proletariado como tal, es decir, como clase de esta sociedad; está, por tanto, *sujeta al desarrollo de las contradicciones de clase de esta sociedad, a su historia*. La abolición de la condición proletaria es *la autotransformación* de los proletarios en individuos inmediatamente sociales. Es la lucha contra el capital la que nos convertirá en tales, porque esta lucha es una relación que nos implica con él.

La revolución no se plantea en términos de constreñimiento o libertad, como si fuera obra de sujetos morales que tomaran decisiones; es totalmente libre y totalmente impuesta. Si los proletarios revolucionarios no quieren seguir siendo lo que son, están totalmente constreñidos, dentro de su libre autotransformación, por lo que son. La

revolución como «libertad» es la revolución tal como la definen los autores, es decir, como «emancipación» (p. 1). Entonces hay que decir qué es lo que se emancipa, es decir, qué es lo que se libera: el obrero, el individuo, el hombre, el trabajo. No se puede evitar o bien la liberación del trabajo, o bien la dualidad del «sujeto» revolucionario (obrero e individuo, obrero y ser humano, obrero y proletario, etc.).

Una vez extraviada la contradicción entre el proletariado y el capital como proceso interno de la producción capitalista, Dauvé y Nesic han convertido la reproducción del capital en una cuestión de *dominación*, de *imposición* o de «*adhesión*». Para Dauvé y Nesic, la integración efectuada a través del proceso de producción surge de un *«vínculo social»* que puede tanto existir como no existir. Esto significa que dentro de este proceso de producción el proletariado sólo está dominado formalmente: su pertenencia a dicho proceso y su definición por él siguen siendo en última instancia exteriores a él. Incapaces de desprenderse del «fordismo» como forma ideal del capitalismo y, sobre todo —mediante su «agotamiento»— de la «revuelta contra la prosperidad» como forma ideológica ideal de la revolución a la vez obrera y humana, Dauvé y Nesic no hacen más que repetir —treinta y cinco años después— el *impasse* teórico del situacionismo.

Esta concepción general de la revolución comunista se constituye en torno a algunos temas principales.

Actividad humana y valor

En un texto reciente (*Marx attacks*), Dauvé escribía: «en el proletario, es el hombre el que es explotado: el capital es capital sólo porque no explota el producto del trabajo sino al ser humano.» Sea cual sea el modo de producción, siempre se explota a los trabajadores. Trátese de esclavos, de siervos o de asalariados, incluso si los productos del trabajo están masivamente monopolizados por la clase dominante, nunca se explota a éstos últimos (lo cual no tiene ningún sentido). Decir que es «el hombre el que es explotado» es o bien una banalidad (salvo que supongamos que los productos pueden ser explotados) para decir trabajador, que sería el término apropiado, o bien designa una esencia del hombre, una naturaleza humana acaparada y explotada. Pero, ¿por quién? ¿Por otros hombres? ¿Por un medio de trabajo? ¿Por una relación social? ¿Por una autoexplotación de la naturaleza humana que sólo podría serlo estando en todas partes? He aquí unas cuantas noches de insomnio en perspectiva. Esta idea del valor y de la explotación es la que está presente en los dos panfletos de Dauvé y Nésic.

Para Dauvé y Nesic, el carácter humano del trabajo adopta la forma del valor, es absorbido por éste, con todas las dificultades que entraña esa absorción. A partir de semejante concepción del valor podemos construir toda la serie de absorciones conflictivas (bajo el valor, la actividad humana; bajo el proletariado, el hombre, etc.), de las que podría surgir el «anhelo de comunidad humana», ya que ésta sólo está recubierta por el capital y el valor. Sin embargo, no son las características del trabajo como actividad humana las que adoptan la forma del valor o están recubiertas por ellas. La sustancia del valor es el trabajo abstracto. Esto significa que el valor es una relación social y no la emanación del trabajo en tanto actividad humana. La capacidad de reducir todos los trabajos al denominador común de trabajo humano en tanto trabajo abstracto no dimana de esos trabajos sino de la relación social en cuyo seno los productores son independientes entre sí.

La mercancía o el capital *no restituyen* a los «hombres» el carácter social de su trabajo. La mercancía y el capital construyen realmente ese carácter, que sólo existe a través de ellos. El valor no es una camisa de fuerza que encierra y deforma el trabajo o la actividad humana. El carácter social del trabajo no existe una primera vez en el trabajador o en las relaciones entre trabajadores y una segunda vez como reflejo de la primera en forma de la mercancía o del valor (del mismo modo que las fuerzas sociales del trabajo no existen dentro del trabajo como tal, y luego en el seno del capital; sólo existen como capital). Son las relaciones sociales que los seres humanos establecen entre sí las que aparecen como relaciones entre cosas. Ahora bien, estas relaciones sociales sólo existen como tales cuando aparecen así, a partir del momento en que se convierten en relaciones entre cosas; entonces aparecen como lo que son: no-relaciones sociales inmediatas.

Cuando decimos que la actividad revolucionaria del proletariado se resume en la abolición del intercambio, de la mercancía y del valor, eso significa que es toda actividad y representación de la sociedad, existente al margen de los individuos, la que debe ser abolida. No se trata de liberar una actividad social existente de la forma alienada capitalista, de desembarazarla del fetichismo. El trabajo sólo se convierte en trabajo social a través de la forma-mercancía y el fetichismo que le son inherentes, del mismo modo que sólo se convierte en trabajo productivo cuando es incorporado al capital, pero tanto en un caso como en el otro, es absurdo preguntarse si el trabajo es social al margen de la relación fetichista de las mercancías entre sí, o si es productivo al margen del capital.

La ideología del «vínculo social»

La actual incapacidad del capital para «socializar» aquello que domina es una de las ideas que estructuran ambos folletos. A lo largo del texto, el término «socialización» se utiliza a la ligera, de una manera superficial y ambigua. Los autores juegan con dos registros. En el texto, utilizan el término en su sentido habitual, para referirse a la intensidad y el alcance de la relación que un individuo mantiene con un grupo: en Francia, los muertos no reclamados de la ola de calor del verano de 2003 estaban muy poco «socializados» (Raffarin). Pero eso no es todo: el término juega, por homonimia contagiosa, con los conceptos de sociedad capitalista, relaciones sociales, etc. En tal caso, los muertos no reclamados de la ola de calor están extrema y totalmente socializadas.

¿Qué significa «incapacidad para socializar» en el folleto? En primer lugar, se trata del «declive del salariado». Esto es falso, pero admitámoslo. Admitamos el declive del salariado, pero eso no significa que por ello podamos denominar al fenómeno «incapacidad para socializar» (y menos cuando se trata de la precariedad). Como el muerto solitario de la canícula, los «excluidos», los precarios, los «milicianos tribales», los refugiados, están absolutamente socializados, incluso no son más que la sociedad capitalista. Los autores están muy de acuerdo, desde luego, con esta última proposición. Pero entonces, ¿por qué utilizan este término y juegan con su ambigüedad? Hay algo que Dauvé y Nesic no pueden admitir de forma sencilla y completa: «la esencia del hombre es el conjunto de sus relaciones sociales». La «incapacidad del capital para socializar» tiene la enorme «ventaja» de dejar atrás a ese individuo que, incluso aunque no esté «socializado», no deja de ser un hombre, al igual que el taylorismo, formalización capitalista del trabajo, descuida su naturaleza «antropológica». Esto significa que, para ellos, la revolución no será la autotransformación de los proletarios y la creación a partir

de su situación proletarizada de individuos inmediatamente sociales, sino la liberación del «individuo» y de la «energía humana» de su absorción capitalista.

Para Dauvé y Nesic, el «vínculo social» es algo que el capitalismo puede producir o no: «en otra época» habría existido un «lazo social», pero ahora ya no. Pero, ¿qué es en realidad el «vínculo social», si insistimos en utilizar un concepto tan vago y sentimental? El «vínculo social» siempre es la reproducción de la relación social que constituye el capital, su autopresuposición como resultado de la contradicción entre las clases, en la medida en que el capital es siempre el polo dominante que asegura e impone la reproducción. Ahora bien, leamos atentamente a Dauvé y Nesic: para ellos el «vínculo social» es lo que *permite* la reproducción del capital. Todo queda del revés y aparece exactamente como los actores de la sociedad capitalista se imaginan su pertenencia a ésta: como un entorno que ofrece mayores o menores oportunidades u obstáculos a la persecución de sus metas personales.

En ambos folletos, la relación de capital es una relación que pone en juego elementos que, por su propia definición, no están presentes *de entrada*. La relación social la crea una práctica social o ideológica; implica una «adhesión» y un «consenso» que la completen para que exista. La relación social entre proletariado y capital no define nunca del todo la estructura social, que no es un modo de producción, sino el espacio mal definido de un *encuentro* en el que supuestamente se disputaría la *integración* de los sujetos *a través de* un modo de producción (de ahí la importancia de la problemática de los «modos de vida»). Las relaciones de producción se convierten en un entorno, en una estructura objetiva, en una imposición exterior con la que hay que contemporizar. El individuo tiene que *entrar* en ella, y hay que motivarle para que lo haga.

La experiencia de los últimos quince años, en Europa y Estados Unidos, demuestra que no es imprescindible ofrecer «salarios elevados» y un aumento regular de los mismos, ligado a la productividad, para obtener de los asalariados una mayor productividad. No hubo nada automático, mecánico u obligatorio en este vínculo, establecido de forma más o menos caótica, entre el crecimiento de la productividad y el crecimiento de los salarios. El vínculo fue impuesto por las formas específicas de la lucha obrera, a partir del reconocimiento y el poder cuantitativo de la clase obrera en la sociedad y las modalidades cualitativas de su intervención que implicaba la «gran fábrica». Formas específicas e históricas, que se concretaron en el proceso de trabajo e institucionalmente a través de la capacidad de negociación del *movimiento obrero*. En la actualidad, para la clase capitalista se trata de evitar estrictamente el resurgimiento de una nueva identidad de clase como la que se expresó en las prácticas que aparecieron con el ascenso del «obrero masa».

Ningún cambio en el proceso de trabajo fue una «integración» en el sentido en que lo definen Dauvé y Nesic. Del *putting-out system* a la manufactura heterogénea, de ésta a la fabricación en serie, y de ahí a la gran industria y la OCT[2], no hubo sino constreñimiento y disciplina. Para encerrar a los trabajadores en las manufacturas, los capitalistas no se ofrecieron a plantar junquillos delante de sus chozas. En cada una de estas ocasiones, el capital quiebra y desestructura los antiguos grupos obreros y las viejas competencias. Se puede razonar sobre la noción totalmente irreal del punto óptimo y concluir que unos trabajadores «supermotivados» producen más que unos trabajadores sometidos a

[2] Siglas de la Organización Científica del Trabajo o «taylorismo». [N del t.]

coacción, pero habría que suprimir el sistema del trabajo asalariado, que es una imposición de plustrabajo.

«El trabajo asalariado puede funcionar en contra de los asalariados, pero no puede prosperar» (p. 17). A Dauvé y a Nesic les encanta largar fórmulas rimbombantes y definitivas. Formulemos el corolario de esta máxima: el trabajo asalariado prospera cuando no funciona en contra de los asalariados. *Sin comentarios*.

La revolución, para Dauvé y Nesic, es la acción «no forzada» que despunta en el «rechazo de la prosperidad capitalista» y que expresa el «anhelo de comunidad humana». Este «anhelo» está basado en el carácter «antropológico» del trabajo y en la cooperación inherente al trabajo como actividad humana, presuntamente negados por el taylorismo y el valor. Puesto que tienen semejante concepción de la revolución, Dauvé y Nesic constituyen el «fordismo» en norma del modo de producción capitalista y recuperan todos los mitos de esa época mediante una exposición apologética.

Los «Treinta Gloriosos»: una visión apologética.

«El mundo necesita un Roosevelt», nos dicen Dauvé y Nesic.

Recogen de forma absolutamente acrítica las tesis de la Escuela de Regulación sobre el compromiso, que remite a su ideología del «vínculo social». Aceptando sin cortapisas el discurso regulacionista, caen en su trampa metodológica: la transformación de un principio de inteligibilidad del período construido *ex post* en un principio real planteado *ex ante*. Se trataría supuestamente de un plan que llegó a buen puerto y no de un hallazgo implementado en el transcurso de la lucha de clases, no sólo en su origen, sino continuamente. La «coherencia del régimen de acumulación» no se limita a ser una herramienta de interpretación de las secuencias económicas y de la lucha de clases, sino que se le confiere una realidad intrínseca. Sobre esta base, la Escuela de Regulación —y los autores de *Il va falloir attendre* siguiendo su estela— intentan identificar por adelantado las nuevas formas de acumulación coherentes susceptibles de definir una «salida de la crisis». El error en la comprensión del propio concepto de «fordismo» se convierte en un error más general acerca del modo de producción capitalista en tanto lucha de clases. El curso real de la reestructuración queda recubierto, fagocitado, por un sistema constante de referencias al hipotético y «deseable» sistema del «postfordismo», lo que nos da el programa actual del democratismo radical (ciudadanismo) cuya realización esperan y *desean* Dauvé y Nesic (*cfr. Solidarité sans perspective* ...).

Insisten en el «difícil nacimiento» del «compromiso fordista», pero, una vez establecido, todo parece, hasta que se produce el «agotamiento» (por utilizar su término), darse por sentado. Los panfletos de Dauvé y Nesic no contienen *ninguna* referencia, ni siquiera una alusión, a la lucha de clases durante los «Treinta Gloriosos». Hay un antes, que corresponde a su instalación, y un después, que corresponde a su «agotamiento», *pero no un durante*. Dauvé y Nesic tienen razón: la llamada reestructuración fordista se impuso tras una derrota obrera durante la guerra, la resistencia y la inmediata posguerra, pero lo que Dauvé y Nesic no ven, o más bien lo que no tiene cabida en su problemática, es que los mecanismos de formación de los salarios son el resultado a toro pasado de una dinámica conflictiva.

En su enunciado mismo, el «compromiso fordista» se presenta como una regulación que *preside* un tipo de crecimiento capitalista; la «regulación» aparece como lo primigenio y no como el resultado *a posteriori* de los conflictos de clase (lo que significa que no existe «regulación» en el sentido regulacionista empleado por los autores). La noción se basa en una concepción pacificada de las relaciones sociales, fruto de la «adhesión» y el «vínculo social». Todo está puesto del revés.

Una historia ideal

Según Dauvé y Nesic, reinaba el «vínculo social», «el crecimiento era unificador» (p. 22), la clase obrera y la dirección patronal tenían en el taylorismo un «horizonte compartido» (p. 21), la fábrica fordista era «integradora» (p. 22), el capital «reducía las desigualdades» (p. 31), el trabajo tenía «un sentido» (p. 21) y no era un «simple medio de ganarse la vida» (p. 21), «el consumo de masas aglutinaba a la gente» (p. 34), los trabajadores tenían como primogenitura una «esperanza en el progreso social» (p. 22), y la sociedad no «temía a su juventud» (p. 33).

Según Dauvé y Nesic, el período de los «Treinta Gloriosos» corresponde a una especie de estado ideal del modo de producción capitalista. Sabemos que no son las tasas de expansión lo que seduce a Dauvé y Nesic, sino la crítica de la «prosperidad» como forma revelada de la revolución durante los movimientos de finales de década de los sesenta. Para perpetuar esta visión de la revolución, necesitan identificar capital y New Deal. Para ello, se sumen en una reconstrucción completa del período de posguerra, lo que no supone una simple negligencia de determinados aspectos, sino una necesidad teórica.

* ¿Un consumo masivo igualador?

El «consumo de masas» es igualador sólo en apariencia; produce brechas cualitativas entre las principales partidas de gasto en función de las categorías sociales. Durante los años sesenta, las brechas en materia de higiene y salud, ocio (vacaciones, cultivos), transporte y vivienda eran abismales. Incluso dentro de cada partida, la diferencia se refiere a los objetos que satisfacen la demanda. Baudrillard o Bourdieu fueron los analistas pertinentes del sistema de diferenciación constituido por el consumo de masas.

El consumo de masas está estrictamente jerarquizado; la ilusión igualadora proviene del hecho de que esta jerarquía se establece en un espacio homogéneo en el que la producción de bienes y su distribución son específicamente capitalistas.

* ¿Una fábrica integradora?

«Militante en Renault» a principios de los años sesenta, Daniel Mothé (miembro de S. ou B.) escribió: «Este ejército (el conjunto de los trabajadores de la empresa) está lejos de estar tan unido como a menudo se nos dice. *Es infinitamente menos homogéneo de lo que era antes* (el subrayado es nuestro, cada época tiene su «érase una vez», N. del A.). Veremos que el ideal que podría haberlo unido antiguamente se ha marchitado; pero no se trata sólo del ideal, es la situación real la que es diferente. Este ejército se divide en tres categorías: los jóvenes, los viejos y los extranjeros. Aunque los tres forman parte de una misma clase, la diferencia de estilo de vida, de concepciones y de mentalidad pesan mucho

y contribuyen a su desintegración.» (Daniel Mothé, *Militant chez Renault,* ed. du Seuil, p. 72).

Si, en la fábrica estadounidense que sirve de ejemplo a Dauvé y Nesic, negros y blancos estaban los unos al lado de los otros, ésta sólo fue «inclusiva» frente a una segregación obsoleta que le era ajena. Creaba sus propios criterios internos de segregación de puestos, de garantía del empleo y salariales.

* ¿Un crecimiento unificador?

Los *smigards*[3], que eran unos 700.000 en aquella época, vieron disminuir su poder adquisitivo en un 10% entre 1956 y 1961 (en Francia). Alrededor de ellos gravitaba la masa de quienes apenas superaban el salario mínimo, una mano de obra mayoritariamente femenina, que a veces obtenía una cualificación pero que encontraba empleos en los que esa cualificación no le servía de nada.

La mano de obra migrante: cierto número de tareas especialmente penosas ya no las realizaban trabajadores metropolitanos (excavadores, mineros, determinados puestos de la siderurgia, etc.). La «unificación salarial» sólo funciona mediante la creación y la consolidación continua de divisiones. Merece la pena mencionar de paso un aspecto que no podemos desarrollar en el marco de esta crítica: la ideología del «compromiso fordista» deja en la sombra las áreas exteriores a los centros desarrollados, cuando su propia explicación implica su existencia. La «Regulación» en el centro (en el sentido de los «regulacionistas») implica la ausencia de «Regulación» a nivel mundial.

El recurso a la mano de obra extranjera en los sistemas nacionales del mercado de trabajo es una componente estructural del funcionamiento global del mercado de trabajo bajo el «fordismo», y este recurso, lejos de ser un elemento parasitario, forma parte integral de los «modos de regulación». La fase de expansión de los años sesenta siempre sacó partido de la heterogeneidad constantemente renovada de los asalariados: jóvenes campesinos, mano de obra femenina y migrantes de oleadas diversas. En Francia, las «ventajas» de los trabajadores de las grandes empresas no crearon una dinámica para las categorías más bajas de la función pública y para el nivel del SMIG (que no se convirtió en el SMIC[4] hasta 1969) hasta 1968 —es decir, por echar mano de la periodización de Dauvé y Nesic, en el momento del «agotamiento del modelo»—, lo cual plantea un serio problema de definición y periodización de dicho modelo.

Confundiendo valor y capital, Dauvé y Nesic nos dicen que «al capitalismo no le conviene la dualidad», pero el capitalismo realmente existente siempre ha hecho de la segmentación del mercado de trabajo (mujeres y niños en la manufactura, y luego en la gran industria) una de las características fundamentales del mercado de trabajo. La segmentación del mercado laboral no desemboca jamás en la coexistencia de conjuntos compartimentados y paralelos que contradigan la necesidad de la competencia inherente al sistema. Todo el mundo conoce la teoría de las «filas de espera».

---

[3] Se denominaba *smigards* a quienes percibían el SMIG (siglas de *Salaire Minimum Interprofessionnel Garanti*, salario mínimo interprofesional garantizado). El salario mínimo interprofesional de crecimiento, más conocido por el acrónimo SMIC (siglas de *Salaire Minimum Interprofessionnel de Croissance*), que lo reemplazó en 1970, es, en Francia, el salario mínimo horario que debe ganar como mínimo cualquier asalariado de más de 18 años. Se reajusta cada 1 de enero. [N. del t.]

[4] A diferencia del antiguo SMIG, que se fijaba sin tener en cuenta el crecimiento económico, el SMIC se ajusta en función de la evolución de la inflación y la productividad. [N. del t.]

Estados Unidos, los disturbios de los negros: los disturbios más violentos tuvieron lugar en los años sesenta, por lo que cabe suponer que el «crecimiento unificador» tenía algunos fallos.

Observación empírica: si en la actualidad nos fijamos, en Francia, en las cajeras de Auchan o los carretilleros que preparan pedidos, no podemos sino admirar la hermosa unificación de condiciones entre los migrantes magrebíes y asiáticos y los jóvenes (o no tan jóvenes) «galos». El crecimiento capitalista no es «integrador» ni «desintegrador» en lo que se refiere a las categorías preexistentes; suprime antiguas unidades, crea nuevas disparidades, establece nuevas convergencias, y cambia constantemente la naturaleza de los elementos distintivos que pone en movimiento.

* Más allá del constreñimiento, ¿el trabajo tenía sentido?

La cadena, desde luego, ...

La jornada laboral: en 1962, la jornada laboral no era inferior a la de 1931. Y si los trabajadores acumulaban horas extras debía de ser porque no trabajaban «simplemente para ganarse la vida».

El éxito de la actual reestructuración consiste precisamente en superar la realidad del empleo estable que daba «sentido al trabajo». Pero entonces, «¡no habrá adhesión!», dicen Dauvé y Nesic. Lo que el capital ha suprimido es precisamente esa base de las luchas obreras del ciclo anterior y la ha suprimido por eso: no tiene intención alguna de restablecerla. Las obreras de las *maquiladoras* se adhieren a su trabajo: lo hacen seis días a la semana, cuando no los siete. Los trabajadores estadounidenses se adhieren a su trabajo, e incluso se adhieren cada vez más a menudo a varios a la vez. Los estibadores de Liverpool se adhieren a su trabajo; cuando la patronal quiere sustituir a 150 recalcitrantes, hay 1.000 candidatos esperando.

*¿La sociedad no temía a su juventud?

«Entre 1954 y 1968, *el número de jóvenes menores de dieciocho años procesados se triplicó con creces* (sin tener en cuenta los delitos relacionados con los acontecimientos de mayo de 1968). (...). Como siempre, las reacciones de la justicia no hacen más que reflejar la profunda sensibilidad del entorno; en la medida en que los jóvenes infunden temor, la policía los vigila y reprime más sus manifestaciones, a despecho de que eso incremente la distancia entre ellos y sus mayores.» (Pierre Sorlin, *La société française*, t. 2, Ed. Arthaud, pp. 218-219).

* ¿Un horizonte técnico compartido?

«El salariado valorizador del capital presupone un horizonte social y cultural compartido, una cultura técnica que en el pasado unía a ingenieros y obreros.» (p. 21)

Pero, según Dauvé y Nesic, en la misma época: «...: empleo y salario garantizados, al precio de una profunda desposesión, inconcebible en la época de Dietzgen o Varlin, del contenido del trabajo» (p. 7). Después de habernos dicho que, para el taylorismo, el modelo del obrero es el gorila, es sorprendente ver cómo se configura un «horizonte social

y cultural compartido» sobre la base de una «cultura técnica que en el pasado unía a ingenieros y obreros» (Dauvé y Nesic, p. 21). El taylorismo representa precisamente *la ruptura* del horizonte técnico compartido. En cuanto a los obreros, Mothé (*op. cit.*) titula uno de estos capítulos: «La profesión ya no es un medio de cultura» (Dauvé y Nesic, p. 21).

* ¿Un ascensor social?

«El OS de 1960 sabía que tenía asegurado un empleo, y contaba con que sus hijos tuvieran uno mejor que el suyo» (p. 22).

El «ascensor social» está averiado, pero donde ha dejado de funcionar es en el seno de las «clases medias»; nunca caló sino muy marginalmente en la clase trabajadora. En los años sesenta, un porcentaje muy pequeño de hijos de obreros, con su CAP o su BEP[5], abandonó las categorías obreras estadísticas para trabajar como técnicos. Si tenemos en cuenta su funcionamiento en los márgenes, el «ascensor social», lejos de ser un mecanismo de integración social o un resultado de la misma, sólo funciona a partir de las divisiones que crea la reproducción social. Es el *resultado* de las desigualdades y diferenciaciones creadas en el seno de la «clase dominada».

* ¿Reducción de las desigualdades?

«Un capital dinámico puede reconocerse en el hecho de que reduce las desigualdades» (Dauvé y Nesic, p. 31).

Los propios «Treinta Gloriosos» no fueron un modelo de reducción de las desigualdades, pero ¿qué decir de la tremenda expansión del capitalismo en Francia bajo el Segundo Imperio (1852-1870), que estuvo acompañada de una monstruosa profundización de las desigualdades y de una mayor rigidez de la estructura de clases de la sociedad? «Bajo el imperio, la sociedad burguesa, libre de preocupaciones políticas, alcanzó un desarrollo que ni ella misma esperaba. Su industria y su comercio cobraron proporciones gigantescas; la especulación financiera celebró orgías cosmopolitas; la miseria de las masas se destacaba sobre la ostentación desvergonzada de un lujo suntuoso, falso y envilecido.» (Marx, *La guerra civil en Francia,* Fundación Federico Engels, p. 63).

Tras la Francia del Segundo Imperio, pasemos a los Estados Unidos de los «Treinta Gloriosos». El producto nacional bruto por habitante aumentó considerablemente, al igual que el poder adquisitivo del obrero medio. Pero cuidado, el axioma de Dauvé y Nesic es la «reducción de las desigualdades» que caracteriza a un «capital dinámico». De 1944 a 1961, la distribución de la riqueza permaneció estable: el 20% de las familias más desfavorecidas obtuvo el 5% del total de la renta nacional, mientras que el 20% de las familias más acomodadas obtuvo el 45%. A partir del final de la guerra, el paro reapareció progresivamente (4,8 millones de trabajadores en 1961). Afectaba más a los negros que a los blancos, a los jóvenes más que a los adultos y a aquellos cuyo nivel educativo era mediocre. «En 1969, había 25 millones de pobres en Estados Unidos: el 10% de la

[5] CAP: Certificado de Aptitud Profesional, que reconoce las cualificaciones específicas para el ejercicio de una profesión concreta. BEP: Brevet d'Études Professionelles (Diploma de Estudios Profesionales, equivalente a la Formación Profesional 1 española). El BEP otorga a su titular una cualificación profesional amplia que le permite ser considerado trabajador y promueve la continuación de sus estudios. [N. del t.]

comunidad blanca y el 33% de la negra.» (Denise Artaud y André Kaspi, *Histoire des Etats-Unis,* Ed. Armand Colin, pp. 340-341).

Durante los años sesenta, la «clase media», que las estadísticas estadounidenses definen por el nivel de ingresos (entre 3.000 y 10.000 dólares de la época), abarcaba a alrededor del 57% de las familias, los «menos favorecidos» al 37% y la «clase alta» al 6%. Cada vez es más difícil, por no decir imposible, ingresar en este grupo de los *«happy few»,* y el número de familias a las que hay que asistir no deja de crecer. Sin embargo, «*la clase media es bastante fluida* (el subrayado es nuestro), y todavía se pueden subir todos los peldaños con bastante facilidad, si bien franquear los límites superior e inferior se está convirtiendo en algo excepcional.» (*ibíd.,* p. 347).

Durante los «Treinta Gloriosos», el individuo blanco, autóctono y de clase media se había convertido hasta tal punto en la norma social que acabó por creérselo. Acabó por creer que su situación resumía la de la sociedad y que los límites de su perspectiva eran los del mundo.

En el folleto, la visión apologética que estructura todo el enfoque de los «Treinta Gloriosos» es necesaria porque sirve de norma para juzgar la reestructuración. Para validar su concepción de la revolución, Dauvé y Nésic han construido una verdadera mitología de los «treinta gloriosos». Acto seguido tienen que elaborar, para el porvenir, el *calendario* (una verdadera *agenda*) de las etapas *necesarias* para que *se repitan* las «condiciones» de posibilidad de la revolución obrera con rostro humano. Después de *Il va falloir attendre,* en *Solidarité sans perspective,* han dado un gran paso adelante: han encontrado en el «reformismo radical» el movimiento social que puede, esforzándose y superando sus límites actuales, aproximarnos a la revolución. Tiene que desarrollarse en el seno de la clase obrera, *luego* tiene que ser aplastado, *a continuación* el capital tiene que ser reestructurado (por fin), *después* el «sistema de producción» tiene que agotarse (pero no demasiado, para que siga siendo «dinámico»), y *entonces*... las *condiciones* estarán ahí y dependeremos de la actualización de la libertad humana. Desde lo alto de la serena confianza que les otorga la «inteligencia histórica» de las condiciones de la revolución, Dauvé y Nesic esperan el aplastamiento «por la fuerza» del próximo levantamiento obrero (el «reformismo radical» sólo puede cumplir su papel convirtiéndose en obrero). Al complacerse en la postura de la abnegación heroica, se olvidan de que están hablando de *nosotros.* Si, en nombre del inmutable «anhelo de comunidad», Dauvé y Nesic critican el «determinismo del pasado», predicen el del futuro con un cierto desapego.

La agenda revolucionaria

El calendario

Dauvé y Nesic establecen un calendario para la revolución. Actualmente el capital estaría a medio camino de la reestructuración, lo que lo bloquearía todo; faltaría el «nuevo compromiso» consistente en considerar el salario «como una inversión y toda la relación social que conlleva». Esta es una «situación insostenible».

Por tanto, (próximas etapas) hace falta:

- una «conmoción social que imponga tanto a los proletarios como a las clases dirigentes las reformas necesarias» (p. 51),

- en ese momento, el compromiso «se consolidará y dará sus frutos».
- entonces se expandirá y florecerá (p. 54),
- podrá «entrar en crisis estructural»,
- «abriendo así la posibilidad de su impugnación» (p. 52).

En *Solidarité sans perspective…*, los programadores de la «revolución libre» insisten en las condiciones objetivas que hay que reunir: «Sólo un amplio movimiento social (no revolucionario), *derrotado* (por la fuerza, pero también por la integración de sus aspectos más reformistas, como fue el sindicalismo a finales del siglo XIX o después de los años treinta), podría desbloquear la situación.» (p. 17) Su concepción del modo de producción capitalista es *estrictamente la misma que la del democratismo radical* que se esfuerzan en «criticar» en su segundo panfleto (ya hemos visto que para los «treinta gloriosos» y el final de la crisis, habían reentroncado con el enfoque regulacionista vulgar).

Igual que para los demócratas radicales, el capitalismo sólo puede funcionar y ser él mismo si es fordista, si se comporta como un padre de familia en relación con el trabajo, si reproduce coherencias nacionales, si devuelve el brillo a la vida política nacional y parlamentaria: en una palabra, al igual que los demócratas radicales, Dauvé y Nesic esperan que la clase capitalista salga de su actual ceguera y reconozca sus verdaderos intereses.

El punto de vista de Sirius

Es preciso que el democratismo radical vaya más allá de sus límites actuales. Por lo tanto, la crítica al democratismo radical debe ser extremadamente benévola, *y lo es*.

«En los últimos diez años ha surgido un movimiento "anticapitalista" …» (*Solidarités…,* p. 1)

«Este texto no tiene como meta ni denunciar su reformismo, ni celebrar dicho movimiento como positivo a pesar de todo, sino comprender qué solidaridades lo componen y vuelven a formar una comunidad de lucha tras el reflujo mundial de la ola de los años sesenta y setenta.» (*ibíd.*)

«Nuestro problema no es saber si ésta (la «realidad histórica» del movimiento, N. del A.) se dirige hacia una impugnación revolucionaria (lo que claramente no es el caso), sino cuál es su posible devenir.» (*ibíd.*)

Desde el punto de vista de Sirius, sólo cuenta el «devenir». Dauvé y Nesic no se imaginan ni por un instante que podamos vernos enfrentados a esta gente en el curso de una lucha, de un «movimiento social». En este momento, lo que importa es saber que las «perspectivas que esbozan» no sólo se oponen a las nuestras a largo plazo sino, sobre todo, que expresan y formalizan *ahora,* en cada lucha, no la defensa de nuestros intereses, sino la búsqueda de la mejor solución a *sus* problemas de promoción de una utópica sociedad capitalista mejor.

Dauvé y Nesic no nos hablan del movimiento de acción directa, de los «*black blocks*», del anticiudadanismo en general. El movimiento de acción directa no les interesa: «Se nos objetará que, si esa es la línea mayoritaria entre los activistas antiglobalización, el ala radical está haciendo oír posiciones completamente distintas. Es probable, pero esta minoría no ha logrado dotarse de un mínimo de afirmación *autónoma* (y mucho menos de coordinación).» (*ibíd.*, p. 16). Lo que más nos hubiera interesado es saber por qué esta

minoría no ha logrado «dotarse de un mínimo de afirmación autónoma». No obtendremos respuesta alguna a esta pregunta.

El democratismo radical y el movimiento de acción directa

Actualmente, el fin del movimiento obrero, que todo el mundo puede constatar, significa que la superación del modo de producción capitalista ya no puede venir dada por el ascenso de la clase obrera y su afirmación como polo dominante de la sociedad. El movimiento de acción directa, consecuencia de esta desaparición, representa la voluntad y la práctica representadas por el anverso de dicha desaparición. Para este movimiento, la superación de esta desaparición se presenta *inmediatamente* como una separación de esta sociedad, y la constitución de otra frente a ella a través de determinaciones que prefiguran su superación. El movimiento de acción directa no considera el capital como una contradicción, sino que su práctica consiste en oponer *dos mundos que se constituyen frente a frente*: pretende ser una *prefiguración* o una *secesión*.

Si Dauvé y Nesic no nos proporcionan ningún intento de explicar la marginalidad del movimiento de acción directa, que manifiestamente no es un tema que les interese, es porque en conjunto l son incapaces de explicar el «reformismo radical». Nos dicen que este «anticapitalismo actual no es ni flor de un día ni un producto mediático, sino un movimiento social en el pleno sentido de la palabra, es decir, que moviliza los anhelos y las reivindicaciones de amplios sectores de la sociedad.» (*Solidarité...,* p. 16). Pero, ¿en qué sentido es actual? No lo sabemos.

Los autores del folleto identifican muchas características del democratismo radical, pero lejos de ver en ellas determinaciones intrínsecas que definen su «actualidad», las ven como *límites* que esperan que sean superados: «El altermundismo, por su parte, sólo interviene en los márgenes del salariado.» (p. 10); «El reformismo actual no se dirige a las capas populares, sino que diluye el mundo del trabajo en los "movimientos sociales"» (*ibíd.*); «Al poner el trabajo entre paréntesis, los reformistas se condenan a sí mismos a quedarse sin reformas.» (p. 11). Esperan que estos «límites» sean superados por un «amplio movimiento social (no revolucionario)» que impulse el reformismo radical y que, una vez «derrotado», lleve al capital a rematar su reestructuración. Hasta entonces, «el reformismo radical tendrá que escamotear la centralidad de la lucha de clases, pero ésta se le impone implícitamente, y a su pesar, lo determina, y lo condena a no proponer más que una democratización de la democracia».

Los demócratas radicales no «ponen el trabajo entre paréntesis», ni «escamotean la lucha de clases», pero todas las características de la reestructuración impiden la reconstitución de un reformismo obrero poderoso. En estas condiciones, las características actuales del democratismo radical no son límites cuya superación quepa esperar, sino sus propias determinaciones, que son conformes al ciclo de luchas actual.

La definición y la existencia de la clase en el seno del capital ya no comportan una relación consigo misma, es decir, la confirmación frente al capital de una identidad obrera: esto constituye la característica y la radicalidad fundamentales de este ciclo de luchas, incluida su «ausencia de perspectivas» y de formulación de un «más allá». Pero al mismo tiempo constituye su límite, que el democratismo radical expresa de forma unilateral como la adecuación ideal del proletariado al capital.

El democratismo radical está anclado en las luchas reivindicativas; es algo muy real, empíricamente constatable y efectivo, porque constituye, sobre la base de la desaparición

de la identidad obrera y, por tanto, sobre la base inmediata de la existencia de la clase dentro del capital, un proyecto alternativo y la formalización de los límites de las luchas.

Cabe argumentar que, con su dirección del Rotary Club, los expertos de ATTAC sólo influyen marginalmente en las «masas trabajadoras», pero la CGT, la CGIL, la AFL-CIO, la SUD o los Cobas mantienen el mismo discurso, que fue también el lenguaje común ineludible de las huelgas de la primavera de 2003 en Francia. El democratismo radical no olvida la «centralidad del trabajo y del salariado»; actualmente es el contenido de organizaciones como la CGIL en Italia; en Francia, la CGT quiere convertirlo en su programa; en Estados Unidos anima la renovación de los sindicatos corporativos y locales y la AFL-CIO aportó toda su capacidad de organización a las manifestaciones de Seattle.

Las diferencias en la comprensión del democratismo radical, según se analicen sus características como límites cuya superación cabe esperar cuando surja un «amplio movimiento social», o como intrínsecas al ciclo de luchas actual, conducen a diferencias de posición capitales a su respecto. Si consideramos el democratismo radical como un movimiento que espera dar cabida a un auge de las luchas obreras y si esperamos que su reforzamiento abra el camino a la posibilidad de la revolución (mediante el fortalecimiento del «vínculo social»), tendremos que aguardar este fortalecimiento al tiempo que lo criticamos, *pero no demasiado*. Sobre todo, no tendremos ninguna justificación ni razón para enfrentarnos a él durante las luchas actuales. Entendemos, por tanto, por qué Dauvé y Nesic obvian los movimientos anticiudadanistas, el movimiento de acción directa y, en general, los enfrentamientos con el democratismo radical en el seno de luchas como la de los parados y precarios, los sin papeles, las manifestaciones antiglobalización, e incluso en el transcurso de movimientos como los de diciembre de 1995, la primavera de 2003 o incluso el movimiento antiguerra del invierno de 2003. Por otro lado, si consideramos que el aspecto actual del democratismo radical expresa los límites de este ciclo de luchas, eso implica que estamos embarcados con el democratismo radical y en contradicción absoluta con él.

La crítica del democratismo radical es actualmente el mínimo exigible, e incluso el paso obligado de la producción teórica (así como una trampa si se limita a denunciarlo). «¿Qué sentido tiene polemizar contra el "reformismo radical"?», dicen Dauvé y Nesic. Pero, si los tomamos al pie de la letra, *sobre todo* no hay que polemizar con él, ya que la posibilidad de la revolución depende de su reforzamiento. Podríamos resumir la posición de Dauvé y Nesic en esta fórmula: *reformistas radicales, un esfuerzo más si queréis ser revolucionarios*.

El «error» se refiere al pasado (los Treinta Gloriosos) y al futuro (la agenda de la revolución). Vamos a ver que, dado que la reestructuración no es fordista, los regulacionistas, los «reformistas radicales» —y Dauvé y Nesic con ellos— oponen al escenario que comporta para ellos la evidencia de las evoluciones en curso, un escenario completamente hipotético de «hay ques» y «no hay ques». El análisis regulacionista, el de los ciudadanistas, y el de Dauvé y Nesic, basados en el postulado y el deseo de que la clase capitalista elija el mejor compromiso, está sustentado por un sesgo armonicista y la noción técnico-objetiva de lo óptimo desde el punto de vista económico. En lugar de mantener una ficción de reestructuración y de alternativas aún abiertas, tendremos que reflexionar sobre el nuevo modo de acumulación que se ha instalado ante nuestros ojos. El capitalismo reestructurado es el capitalismo realmente existente, pero la concepción de la revolución de Dauvé y Nesic les obliga a considerar que el capitalismo de los «Treinta

Gloriosos» es el capitalismo por antonomasia: el de la «prosperidad» y, por tanto, el de la revuelta libre.

Del mismo modo que su teoría de la revolución ha conducido a Dauvé y Nesic a una visión apologética de los «Treinta Gloriosos», les obliga igualmente a esperar que se repitan las mismas condiciones. La capacidad de considerar la reestructuración tal cual es, se vuelve, por tanto, radicalmente imposible.

La reestructuración tal cual es

«El restablecimiento de la rentabilidad es más *regresivo* (congelación salarial, ralentización de la acumulación y diferenciación social) que *progresivo* (convergencia social y progreso técnico generalizado). La buena salud estadounidense se debe principalmente a «la congelación de los salarios, la reducción del gasto social de las empresas, el aumento de las horas trabajadas y el endeudamiento del consumo» (p. 11).

Aunque sea parcial, todo esto es completamente exacto. El problema es que Dauvé y Nesic no abordan la reestructuración *en sí misma*, investigando sus propios criterios de coherencia y reproducción, sino en relación con los «Treinta Gloriosos» elevados a norma del capital. El problema reside en calificar los cambios en el modo de producción capitalista como «regresivos» o «progresivos» (incluso si se utilizan comillas). ¿Por qué el bloqueo salarial o la diferenciación social habrían de ser «regresivos» para el capital de no ser para satisfacer la pura visión ideológica de Dauvé y Nesic de un crecimiento capitalista «unificador» e «integrador»? Las elevadísimas tasas de acumulación del período anterior desembocaron en un bloqueo estructural de la acumulación y en un drástico descenso de las tasas de beneficio del capital. ¿De qué le sirve al capital tener una tasa de acumulación elevada si es al precio de un reparto entre salarios y beneficios cada vez más desfavorable para él, enmascarado cada vez más difícilmente por unas tasas de inflación en constante aumento durante el final de la fase anterior? Las tasas de crecimiento no han vuelto a ser las de los Treinta Gloriosos (de hecho, las de una etapa bastante breve de éstos), pese a que durante los años noventa las tasas estadounidenses se aproximaran a menudo a ellas, sino que se basan en el desbloqueo de aquello que, en el seno del «fordismo», había conducido al capital a una de las grandes crisis capitalistas del siglo XX.

Dauvé y Nesic señalan disfunciones de los procesos de trabajo, los «regímenes de acumulación», la fijación de los salarios, la globalización, etc., por todas partes. Aquí radica nuestra divergencia fundamental en el análisis de la reestructuración. Su incapacidad de pensar el capital al margen del fordismo proviene de su obsesión con la concepción de la revolución tal como fue teorizada tras el *fracaso* de Mayo del '68. Lo que ellos entienden como defectos del dispositivo, que habría que corregir para acceder a la plenitud de la reestructuración, son, por el contrario, *aspectos esenciales y funcionales del modo de producción capitalista reestructurado*. Que el «nuevo régimen de acumulación» no satisfaga el «óptimo de producción», o que el «mal escenario» haya expulsado al «bueno» (¿acaso podía ser de otra manera cuando el «bueno» había quebrado?) no cuenta: estamos hablando de un sistema de explotación.

El folleto *Il va falloir attendre* contempla la reestructuración en función de tres determinaciones: la transformación del nivel de los salarios y del mercado de trabajo; las transformaciones del proceso de trabajo inmediato, y la globalización de la reproducción del capital.

La reestructuración a través de sus determinaciones

1) La transformación del nivel de los salarios y del mercado de trabajo.

Para Dauvé y Nesic, la reestructuración no ha tenido lugar porque el salario sólo está considerado como un coste y no, al mismo tiempo, como una inversión. Esto sólo es parcialmente cierto y no significa más que una cosa: que la reestructuración no es «fordista». La clase capitalista no está repitiendo lo que fue uno de los elementos de la crisis de los años setenta, obsoleto en cualquier caso, en la medida en que el fordismo sólo puede ser efectivo en un número limitado de zonas nacionales centrales.

Ya no existe ningún «compromiso» entre el capital y la clase obrera: es lo que nos dicen sustancialmente Dauvé y Nesic. Sin «compromiso» no puede haber acumulación ni rentabilidad, añaden, ya que el «salariado no puede prosperar contra los asalariados»: hace falta «integración». Con todas las reservas que podamos tener acerca del uso de este término, ¿es tan seguro que ya no exista «compromiso»?

En primer lugar, el llamado «compromiso fordista» no ha desaparecido, ni tampoco el Estado del bienestar. Ya no estructura la relación entre el proletariado y el capital, porque él mismo se ha convertido en un elemento de las nuevas modalidades de explotación. La precariedad es general en el sentido de que estructura el conjunto de la relación de compraventa entre trabajo y capital, no como eliminación pura y simple de lo que no es ella. En un informe publicado el 4 de septiembre de 2000 en Washington por el Economic Policy Institute (EPI) dirigido por Robert Reich y Lester Thurow, puede leerse que «la proporción de empleos estables a tiempo completo en Estados Unidos ha ido aumentando desde 1995, pasando del 73,6% al 75,1% de todos los empleos (...) Además, pese a que las cotizaciones de los empresarios a la seguridad social están disminuyendo, la proporción de empleos cubiertos por una protección social está aumentando.» (*Le Monde*, 6 de septiembre de 2000). La precariedad no es sólo la parte del empleo que puede ser calificada de precaria en el sentido estricto de la palabra. Integrada ahora en todas las ramas de actividad, pesa, por supuesto, como una «amenaza» sobre todos los empleos llamados estables. Los empleos estables adquieren las características de la precariedad, sobre todo la flexibilidad, la movilidad, la disponibilidad constante y la subcontratación —que hacen que incluso el empleo «estable» de las PYMEs sea precario—, así como el funcionamiento por objetivos en las grandes empresas. La lista de síntomas del contagio de la inseguridad laboral a los empleos formalmente estables es larga:

Es precisamente en este acoplamiento entre los dos modos de extracción de plusvalor donde reside un «nuevo compromiso» que remite a una *compra global de la fuerza de trabajo*. La revitalización del modo absoluto de extracción de plusvalor funda un «nuevo compromiso» sobre la base siguiente: un «reparto», dentro de la fuerza de trabajo disponible, tomada en conjunto, del trabajo necesario.

El «compromiso» actual no gira en torno al plustrabajo, sino en torno al trabajo necesario. Para el capital, esto corresponde prácticamente a un crecimiento del trabajo necesario proporcionalmente menor que el número de cabezas sobre las que se reparte, lo que evidentemente significa menos para cada cual (especialmente para los «recién llegados»), pero más para todos. En cambio, a nivel del plustrabajo, la creación de plusvalor en términos absolutos se ve estimulada, no sólo porque, globalmente, un mayor número de trabajadores ingresa en el proceso de trabajo en relación con un trabajo

necesario que crece menos, sino también debido a la intensificación resultante del proceso de trabajo, debido a la prolongación del tiempo de trabajo global y a la aceleración de la rotación del capital fijo.

Los acuerdos que vinculan el empleo con la flexibilidad se multiplican. Para la clase obrera en conjunto, la disminución relativa del trabajo necesario no se traduce en una disminución absoluta; ahí reside su «parte del compromiso». La «moderación» salarial, la precarización, la imposición del trabajo a tiempo parcial, es decir, las modalidades modernas de extracción absoluta de plusvalor, conllevan una disminución del valor individual de la fuerza de trabajo, pero contrarrestan el descenso absoluto para la clase en conjunto que debería ser el resultado del régimen de acumulación basado exclusivamente en la extracción de plusvalor relativo. No se trata, por supuesto, de un regalo de la clase capitalista, sino de las modalidades de la reestructuración en el sentido de que ésta es una contrarrevolución: destrucción de la identidad obrera, reindividualización de la relación entre el trabajador asalariado y el capital. Creación de empleo, por un lado, congelación salarial y flexibilidad del mercado de trabajo, por otro. Estamos ante lo que cabe denominar una compra global de fuerza de trabajo.

Mediante el desarrollo general de la precariedad, la flexibilidad y todas las modalidades de contratación indefinida, el desempleo deja de ser ese más allá del empleo asalariado que fue durante los «Treinta Gloriosos». La segmentación de la fuerza de trabajo se transforma en la *compra global* de ésta por parte del capital, y en la utilización de cada fuerza de trabajo individual de acuerdo con las necesidades puntuales de la valorización. Esta compra global modifica el funcionamiento del Estado de bienestar de arriba abajo. Donde éste existía, no desaparece, sino que también es segmentado para garantizar que la totalidad de la mano de obra disponible pueda ser empleada en todo momento. Ya no actúa sólo sobre la población asalariada, sino también sobre la tasa de actividad y la población disponible. Es la transición del *Welfare* al *Workfare*[6]. Se trata de una «regresión» evidente en términos de derechos adquiridos, pero supone también una ampliación del sistema: CMU, RMI, RMA[7] (es lo que defiende la CFDT en Francia). Esta ampliación está mucho más desarrollada en los países anglosajones. El sistema del bienestar no retrocede manteniéndose intacto en su naturaleza; su «regresión» es, de un modo más fundamental, una modificación de la naturaleza general del mercado de trabajo.

La fuerza de trabajo es presupuesta, pues, como propiedad del capital, no sólo formalmente (el trabajador siempre ha pertenecido a toda la clase capitalista antes de venderse a tal o cual capital), sino realmente, en el sentido de que el capital costea su reproducción individual *incluso al margen de su consumo inmediato, que para cada fuerza de trabajo es accidental*. No es que el capital se haya vuelto filantrópico de repente. Reproduce, en cada trabajador, algo que le pertenece: la fuerza productiva general del trabajo, que se ha vuelto exterior a cada trabajador, independiente de éste e incluso del conjunto de los trabajadores. A la inversa, la fuerza de trabajo directamente empleada,

---

[6] En un *Workfare State* (por oposición a un *Welfare State* o Estado del bienestar) la prioridad es que los beneficiarios trabajen (a cambio de bajas retribuciones o ninguna) a fin de que se les considere aptos para recibir prestaciones. [N. del t.]

[7] CMU (*Couverture Maladie Universelle*, «Cobertura de Salud Universal»), RMA (*Revenu Minimum d'Activité*). La RMA es una prestación social destinada a las personas que llevan dos años percibiendo la RMI y a las que se les ofrece un nuevo tipo de contrato de trabajo, de al menos 20 horas semanales durante un periodo máximo de 18 meses, lo que les permite acceder a unos ingresos al menos equivalentes al SMIC. [N. del t.]

consumida productivamente, ve definido su trabajo necesario, que regresa a ella como fracción individual, definida no por las necesidades exclusivas de su propia reproducción, sino como una fracción de la fuerza de trabajo general (que representa la totalidad del trabajo necesario), como una fracción del trabajo necesario global. *Tiende a producirse una nivelación entre los ingresos por trabajo y los ingresos por inactividad*.

Si el trabajo necesario se extiende a la reproducción de la fuerza de trabajo global, es porque el plustrabajo también depende de esta fuerza de trabajo global, porque es un factor de crecimiento de la intensidad, la productividad y la ampliación de la mano de obra disponible. Evidentemente, considerada exclusivamente dentro de sus límites, la fuerza de trabajo inactiva no constituye una fuente autónoma de valorización. No constituye tal fuente sino en la medida en que se reproduce ella misma como trabajo necesario, y sólo lo es sino en la medida en que se ve sostenida por la producción de plustrabajo como aumento de la intensidad del trabajo, tanto de forma intensiva (emplear la fuerza de trabajo eliminando todos los tiempos muertos: rotación, flexibilización, anualización, etc.) como de forma extensiva: las mismas operaciones implican la coexistencia, en un mismo momento, de todos los «estados» sucesivos de la fuerza de trabajo individual (considerando todas las fuerzas de trabajo individuales como una única fuerza de trabajo colectiva). Modalidad extensiva del aumento de la intensidad, ya que reposa sobre un crecimiento continuo de la mano de obra (crecimiento de la tasa de actividad diferenciada de la tasa de desempleo).

Aunque la parte de los salarios dentro del valor añadido no para de disminuir, eso no impide que asistamos a un fenómeno capital de la reestructuración: la masa salarial aumenta. El fin del «compromiso fordista» ha permitido reactivar el acoplamiento de las dos formas de extracción de plusvalor: la multiplicación de las jornadas simultáneas es una forma de extracción de plusvalor en su modalidad absoluta, que contrarresta la tendencia al descenso de la tasa de ganancia, al igual que el desacoplamiento de los salarios y la productividad. Si consideramos la masa salarial a escala mundial, su crecimiento resulta evidente.

El aumento de la tasa de actividad o de empleo, es decir, la proporción de puestos de trabajo en relación con la población total, es una de las características fundamentales de la reestructuración. Para la clase capitalista ya no se trata de reducir la demanda de trabajo (trabajo a tiempo parcial, reducción de la edad de jubilación, etc.), sino de fomentar la oferta. El objetivo es el no empleo (jóvenes que retrasan su entrada en el mercado de trabajo, desanimados, prejubilados), no sólo el desempleo. Las modalidades de este aumento son múltiples y variadas. Todas pasan por la flexibilización y la precarización del empleo. Desde ese punto de vista, la disociación de los ingresos del trabajo y los ingresos de subsistencia sería una simplificación considerable. Todo el mundo dispondría de unos ingresos mínimos, junto al salario, pero no pagados por el empresario. Separar los ingresos del trabajo de los de subsistencia es probablemente la única manera de introducir la flexibilidad de forma sostenible. Esta es la vía abierta en muchos países por la acumulación decreciente de los mínimos sociales con la reanudación del empleo, destinada a facilitar la transición desde esos mínimos a los empleos a tiempo parcial (que apuntan esencialmente a la parte «latente» de la mano de obra femenina) o a los empleos de duración determinada. Los suecos, los daneses y los ingleses están buscando fórmulas para obligar a los jóvenes a formarse o a aceptar un empleo. De lo contrario, se suprimen las prestaciones sociales mínimas.

La nueva norma salarial es la del mantenimiento de los salarios reales o, en el mejor de los casos, un crecimiento de éstos netamente inferior a los aumentos de productividad. El reparto entre salarios y beneficios se modifica continuamente en detrimento de los asalariados. Si, en los países centrales, la industria moderna y los servicios informatizados siguen siendo los espacios de un «fordismo» restringido, la producción y los servicios de baja productividad que crean puestos de trabajo (a partir de un bajo nivel de crecimiento: en torno al 1,5% en Francia y a partir de las primeras décimas por encima de 0, en Estados Unidos, en los años noventa) registran niveles salariales muy bajos. Para restablecer *al mínimo* las condiciones de realización, una parte creciente del plusvalor se recicla y se distribuye, a través de la financiarización de la economía, hacia las capas superiores de asalariados. La disparidad de ingresos y de patrimonio aumenta, pero *el capital nunca ha tenido como objetivo, ni siquiera como condición, la felicidad de la humanidad*. El crecimiento de la desigualdad no es un defecto del sistema que podría corregirse o que sea contrario al interés bien entendido de un capitalismo ideal: es un aspecto fundamental y *funcional* de este nuevo «régimen de acumulación» (si queremos utilizar esta expresión).

El incremento de la masa salarial, el aumento de la tasa de actividad y la compra global de la fuerza de trabajo van acompañados de una mayor diferenciación salarial y del crecimiento de los ingresos financieros para una estrecha capa de asalariados. Esto no resuelve el problema de la *realización* de forma tan «virtuosa» como el «fordismo», *pero es lo que existe*. Los defensores a ultranza del «no hay salvación fuera del fordismo» se enfrentan a un misterio: la parte de los salarios correspondiente al valor añadido disminuye y, sin embargo, en Francia o en Estados Unidos, durante los años noventa, el consumo aumentó entre un 2 y un 3% al año. La distribución de los ingresos se ha desplazado drásticamente en favor de las personas con ingresos muy elevados y los titulares de rentas financieras (incluso en los estratos salariales medios). El altísimo nivel de la tasa de autofinanciación de las empresas en los países centrales indica que la mayor parte de estos ingresos financieros están orientados hacia el consumo. Estas rentas financieras tienen un carácter funcional en el sistema de acumulación actual; se han convertido en un elemento esencial de la *realización*, que cabe lamentar, y cuya injusticia se puede denunciar, pero sin que esto tenga importancia alguna.

La situación actual encierra un enigma: la tasa de beneficio aumenta a un ritmo mucho más rápido que la tasa de acumulación. La falta de oportunidades de inversión rentable es lo que lleva a un reciclaje diferente del plusvalor acumulado y a la hipertrofia de la esfera financiera, que no representa un obstáculo para la «economía real», sino que es su resultado. «Si los ingresos financieros no retornan para financiar una acumulación adicional, es porque en lo esencial se convierten en consumo y sustituyen al consumo de los asalariados para sostener la demanda final. Esta pauta es "preferible" a una tasa de acumulación más elevada, pero que se vería obligada a desplazarse a sectores menos rentables y que, por tanto, conduciría a un ritmo de crecimiento más sostenido, pero asociado a una menor rentabilidad [...] La función de la subida de los tipos de interés ha sido la de adecuar la demanda a las nuevas condiciones de la oferta, contribuyendo al bloqueo de los salarios y a la liberación de una tercera demanda.» (Michel Husson, en *Crises structurelles et financières du capitalisme au XXe siècle*, p. 112). Las tiendas *Hard Discount* se multiplican al mismo tiempo que las de *Louis Vuitton*.

Ahora bien, hay que situar el problema globalmente: era fácil hablar de un «compromiso fordista» cuando cuatro quintas partes de la humanidad estaban excluidas

de él. *El fantástico crecimiento de la fuerza de trabajo movilizada por el capital a escala mundial elimina toda pertinencia del vínculo entre producción, productividad y realización a escala nacional o incluso regional*. China, ya que es el ejemplo de moda, se ha convertido en el primer mercado mundial de teléfonos móviles y va camino de convertirse en el primero para los televisores y otros bienes de gran consumo doméstico. El 15% de la población china y el 15% de la población india tienen acceso a un nivel de consumo medio europeo, lo que equivale a un mercado del tamaño de la Unión Europea de los 15. En el otro extremo de la jerarquía mundial, el consumo estadounidense representa actualmente casi el 70% del producto interior bruto estadounidense y, sobre todo, el 20% de la actividad mundial (*Le Monde*, 21 de octubre de 2003). Esto significa que las modificaciones estructurales de la relación entre producción, beneficios y realización «se encarnan» en una organización geográfica de los intercambios.

Una estructura de la realización semejante a nivel mundial no es más «virtuosa» o «viciosa» de lo que lo fue la del «fordismo», que se basaba en apostar sobre ganancias de productividad cada vez mayores, en la acumulación de reservas de dólares fuera de Estados Unidos y en una relajación continua de las restricciones monetarias. Los riesgos inherentes al actual circuito de realización son bien conocidos: el sobreendeudamiento de los hogares estadounidenses y la perpetuación de las inversiones de capital extranjero en Estados Unidos. El sistema está a merced del más mínimo «accidente». Ahora bien, la acumulación capitalista *nunca* ha brillado por su estabilidad y su ausencia de contradicciones. Lo importante es fijarse en *el sistema que existe* y medir *sus* límites, no decir que no existe porque sus límites radican en el hecho de no ser como el anterior («o todavía mejor»).

2) Las transformaciones del proceso de trabajo.

«El innegable aumento de la inversión productiva y, gracias a ella, de la productividad del trabajo, no basta para suscitar un nuevo ciclo tecnológico. Si el aumento de la productividad del trabajo reduce los costes salariales, el aumento de la intensidad capitalista contribuye a aumentarlos. La irrupción de un nuevo sistema de producción (la gran industria mecanizada en tiempos de Marx, la OCT[8] durante la primera mitad del siglo XX y lo que está despuntando hoy en día) requiere una nueva organización del trabajo que está ausente.» (Dauvé y Nesic, p. 11). ¿Cuál sería esta «nueva organización del trabajo» según Dauvé y Nesic? No existe «solución de continuidad con los años sesenta» (p. 14) porque «el capital no consigue humanizar la cadena, y sólo enriquece las tareas descualificadas introduciendo la polivalencia forzosa.» (*ibíd.*). La «nueva organización» sería algo capaz de «asociar a los neoproletas» (p. 16), algo que produjera la famosa «integración social»; se supone que sabemos que «el salariado puede funcionar contra los asalariados, pero no prosperar» (p. 17). Lo que Dauvé y Nesic ven despuntar, con razón, es el «taylorismo informatizado» (p. 17). Pero el taylorismo a secas ya era «inadecuado para el capitalismo en la medida en que pone en marcha una cooperación» (p. 17). El taylorismo era una «locura racional»; el «taylorismo informatizado» sólo puede, por tanto, repetir los mismos *impasses*: no puede ser una solución.

a) Los «límites del taylorismo»: valor y cooperación

[8] Vid. nota 2. [N. del t]

El trabajo asalariado siempre es trabajo asalariado, y el obrero siempre es obrero, pero la «falta de profundidad de la victoria del capital» residiría en el «ámbito fundamental de la integración del trabajo» (p. 14). Dauvé y Nesic no discuten que el capital haya logrado hacer el trabajo más «móvil» y más «dócil», pero lo ha hecho, el muy inconsciente, sin «humanizar la cadena». La «humanización de la cadena» sería, pues, el modelo soñado. No obstante, sin plan ni complot, el mal escenario expulsó al bueno. Constatamos *a posteriori* que la «humanización de la cadena» no fue más que una primera etapa para acabar con el «obrero masa» y abrir el camino a la redefinición disciplinaria y/o automatizada del proceso de trabajo. Por tanto, ya no habría «adhesión». Haciendo un paralelismo (p. 20) entre el OS[9] de Renault «de antes» y el operario actual, Dauvé y Nesic declaran: «la adhesión del operario a su trabajo pasaría por una mejor remuneración: pero uno de los principios de la reestructuración es precisamente reducir su coste al mínimo.» Por tanto, cabe suponer, en primer lugar, que el antiguo OS se adhería a su trabajo, cosa que nadie duda..., y, en segundo, que el capital de antes no pretendía reducir su coste al mínimo, cosa que queda indudablemente confirmada por las campañas de reclutamiento en los villorrios norteafricanos.

Para poder llevar a término su reestructuración, el capital tendría que «reconocer un cierto valor al trabajo», pero precisamente el único «valor» que el capital reconoce en el trabajo es el de valorizarlo a él. En el modo de producción capitalista, la «adhesión» son las diversas formas sucesivas de *imposición* del plustrabajo. Dauvé y Nesic tratan de definir el mejor proceso de trabajo: aquel que no sería conflictivo, o apenas, pero que, pese a todo, movilizaría a los asalariados. Por desgracia, el capital evoluciona dentro de un saco de contradicciones: «la empresa exige más autonomía, pero controla más que antes» (p. 20); «el objetivo de la tecnología de la información es no dejar a los empleados ningún margen de maniobra para bloquear la producción, al tiempo que les exige una mayor disponibilidad»; ésta «desplaza la contradicción» (p. 18); «el *impasse* sigue siendo: la brecha máxima entre la ejecución y la dirección-concepción, que supuestamente aumenta la productividad, acaba reduciéndola.» (p. 18). *Son las propias determinaciones del capital las que los autores consideran como obstáculos insuperables a su reestructuración*. Una de dos: o bien el capital ha llegado a su etapa suprema y a su crisis final, o la reestructuración del capital no debe ser capitalista. En efecto, sean cuales sean las transformaciones incorporadas al proceso de trabajo, Dauvé y Nesic encontrarán siempre, frente a ellos y sus sueños, las mismas determinaciones del capital.

Dauvé y Nesic tienen una extraña concepción de los límites del taylorismo. Esta «locura racional» (el taylorismo) corresponde al capitalismo «en la medida en que busca absorber valor, el cual debe ser divisible, rastreable y separable en algo homogéneo: el tiempo. Pero en la medida en que implementa una cooperación, es inadecuado para el capitalismo.» (p. 17). Existiría, pues, una contradicción entre el valor y la cooperación. Su razonamiento es de una simpleza apabullante: al tratar de superar o ajustar el taylorismo, el capital no supera sus contradicciones y, en consecuencia, su solución no puede ser tal. En una palabra, el capitalismo es imposible. A comienzos del siglo pasado, los antepasados de Dauvé y Nesic habrían escrito que no puede existir «reestructuración fordista» porque ésta aumentaría la composición orgánica del capital.

---

[9] Obrero especializado, de escasa cualificación. [N. del t]

La cooperación y la división más extrema del trabajo no sólo no son opuestas para el capital, sino que son las dos caras de un mismo proceso. La aplicación de la división del trabajo tiene como condición necesaria que exista cooperación; la división del trabajo es una forma particular, un modo específico, de cooperación (*cfr*. Marx, *Manuscritos de 1861-1863,* Ed. Dos Cuadrados, p. 178 y p. 186). No sólo es imposible oponer la segmentación y la cooperación dentro del proceso de trabajo, sino que la ley del valor se realiza mediante su unidad y en la medida en que la cooperación es su principio. Desde la manufactura, «el suministro de una cantidad determinada de productos en un espacio dado de tiempo, se convierte en una *ley técnica del proceso de producción mismo* (el subrayado es nuestro)» (Marx, *El Capital*, Tomo I, vol. 2, p. 421). La ley del valor se convierte, *mediante el desarrollo de la cooperación*, en una ley técnica del proceso de producción. «Por ende, para el productor individual la ley de la valorización no se realiza plenamente sino cuando él produce como capitalista, cuando emplea al mismo tiempo muchos obreros, o sea cuando, desde un comienzo, pone en movimiento trabajo social medio.» (*ibíd*., pp. 393-394).

El taylorismo no ha negado jamás el carácter cooperativo del trabajo; por el contrario, constituye una de sus máximas expresiones. Puesto que la cooperación es obra del capital, el «taylorismo asistido por ordenador» (Coriat) responde a los límites de la cooperación capitalista anterior, en los que pudo insertarse y luchar el obrero-masa, y en cuyo seno logró afirmar una solidaridad obrera e influir así sobre el proceso de trabajo. El capital no pone en marcha una cooperación; constituye esa cooperación él mismo, y ésta, lejos de ser contradictoria con el valor, es la forma en que éste se convierte en una «realidad técnica».

No existe ninguna contradicción entre la división manufacturera del trabajo y la cooperación. Ambas se apoyan y refuerzan mutuamente. «¿Cómo asegurar la continuidad de una suma de puntos que se ha hecho todo lo posible por volver discontinuos?» (p. 18) El problema que plantean Dauvé y Nesic no se debe a que «los organizadores del trabajo olvidan que ningún trabajo es individual» (p. 19) —no piensan en otra cosa— ni a la oposición entre división y cooperación, sino al carácter bifronte de la propia cooperación. El proceso de producción cooperativo es un proceso de extracción de plusvalor. La dirección de este proceso se vuelve necesariamente despótica, ya sea que este despotismo sea el de toda una jerarquía de vigilantes o que esté directamente encarnado por órganos específicos del capital fijo que objetivan las fuerzas sociales del trabajo. División y cooperación son, en el fondo, idénticas. Que esta identidad sea una actividad constante de la clase capitalista, porque es fundamental para el proceso de extracción de plusvalor, que periódicamente la lucha de clases la ponga en entredicho y que los sistemas tecnológicos existentes ya no pueden garantizarla, no establece una contradicción entre sus términos, a menos que —lo cual es falso— convirtamos la cooperación en algo que va más allá del valor.

Lo que Dauvé y Nesic nos presentan como límites del taylorismo son pura y simplemente contradicciones inherentes al modo de producción capitalista. Es evidente, por tanto, que éste no puede, haga lo que haga, librarse de ellas. Entre las dos formas de la manufactura, y luego, durante la transición a la gran industria, después a la OCT, y finalmente al «taylorismo informatizado» —por tomar al pie de la letra la argumentación de Dauvé y Nesic— el capital siempre reproduce la misma «contradicción». Esto es exacto, pero entonces o bien esta «contradicción» intrínseca a él constituye también su

dinámica, o bien el reinado del capital debería haber finalizado con la manufactura en serie.

¿Cómo pueden pensar Dauvé y Nesic que la «psicotecnia», la «psicosociología», o incluso la «jerarquía controladora» podrían haber sido suficientes para asegurar la supervivencia de la «locura racional» (el taylorismo), cuando ésta era «*inadecuada* (el subrayado es nuestro) para el capitalismo» (p. 17)? Es como escayolar una pata de palo. En la década de 1950, si el taylorismo ya no era el de los años veinte o treinta, no fue tanto porque los capitalistas se pusieran a hacer «psicosociología», sino porque introdujeron en las fábricas las máquinas-herramienta de control numérico (MHCT) y la «línea de transferencia». Como acabamos de ver, esta «locura racional», no sólo no es «inadecuada», sino que, además, acordémonos de que —según los propios autores— esta «locura racional inadecuada al capitalismo» ha asegurado el «vínculo social», la «adhesión» y demás «integraciones» y «prosperidades» durante lo que fue, siempre según los autores, la época dorada del New Deal.

b) Innovaciones técnicas e innovaciones organizativas

Desde el comienzo de la década de 1990, el «taylorismo informatizado», que mantiene «la máxima distancia entre la ejecución y la dirección-concepción» y que, según Dauvé y Nesic, no debería sino renovar las «contradicciones» que «reducen la productividad», la reactivó de forma lo suficiente vigorosa como para que coquetease con las tasas de crecimiento de la década de 1960.

Durante la segunda mitad de la década de 1990 la famosa paradoja de Solow desapareció: «La era de la informática se nota en todas partes salvo en las estadísticas de productividad.» En Estados Unidos, la productividad del sector manufacturero aumentó en un 3,3% anual entre 1990 y 1995, y luego en un 5,5% anual entre 1995 y 2000 (*Le Monde*, 17 de mayo de 2002) antes de volver a descender hasta el 5,4% en 2002. La brecha entre ejecución y dirección es inherente al capital; por tanto, los límites de una organización histórica del trabajo no se superan eliminándola, sino al contrario, *acentuándola*. Mediante la introducción de la informática en el proceso de trabajo, el capital respondió al saber colectivo y al peso específico que los obreros habían adquirido en la cadena fordista clásica; suprimió muchos tiempos muertos saturando los puestos de trabajo y maximizó los tiempos de máquina (acelerando la rotación del capital fijo). Ha dotado a las fuerzas sociales del trabajo desarrolladas mediante la cooperación de una existencia adecuada a su propia naturaleza en el sentido de que ahora están objetivadas en órganos específicos del capital fijo. El capital no ha humanizado la cadena: todas las experiencias de principios de los años setenta se han quedado en experiencias marginales. Sin embargo, —ironías de la historia— sobre la base de esas experiencias, unos años más tarde la electrónica y la informática dieron de sí todo su potencial. La «humanización» tuvo lugar, desde luego, pero el capital sigue siendo el capital.

Actualmente, la producción *just-in-time* representa la generalización social de la cadena. «Durante mucho tiempo, los obstáculos sociales (rechazo del trabajo dividido y descualificado, peso de las lógicas del oficio, etc.) y los obstáculos técnicos (complejidad de los equipos, incapacidad de almacenar los conocimientos especializados y ponerlos a disposición de asalariados poco cualificados de forma descentralizada, etc.) fueron suficientes para impedir que el modelo de la cadena se difundiera más allá de la cadena de montaje final en la industria del automóvil y algunas otras actividades, a pesar de sus

ventajas decisivas en términos de plazos y existencias.» (Guillaume Duval, *L'Entreprise efficace*, Ed. Syros, p. 74). Al mismo tiempo, los «problemas sociales» planteados en todas partes por los servicios de mantenimiento —uno de los últimos bastiones en los talleres de una «aristocracia obrera», muy independiente en la organización y el ritmo de su trabajo debido a sus conocimientos técnicos— han sido eliminados mediante la reducción de la función de mantenimiento a la regla común del trabajo taylorizado. El *just-in-time* también supone la posibilidad de reemplazar una «gran fábrica» por varias unidades separadas situadas cerca de sus clientes principales. Toda la lógica de la organización de la producción por oficios queda desestabilizada. La desaparición de la identidad obrera no es más que una deducción lógica de la estructura de la relación de explotación reestructurada, porque se trata de una multitud de «micro-hechos» que afectan al conjunto de la reproducción de la relación entre proletariado y capital. Estos «micro-hechos» se constituyen en sistema mediante las imposiciones y las opciones determinadas por las necesidades y la lógica misma de la explotación. Este trastrocamiento taylorista del taylorismo permite que, con casi las mismas plantas, Peugeot produjera en 1998 un millón de vehículos más que cuatro años antes.

Lo que caracteriza al período actual es la extensión masiva a todos los sectores de actividad, en la industria y los servicios, de los principios tayloristas de organización del trabajo. Lo que Taylor y Ford finalmente no lograron llevar a cabo más que en un pequeño sector de la actividad económica (los talleres de fabricación de la producción en serie) se impone en todas partes. El taylorismo está *ahora* en curso de convertirse en el modo de trabajo dominante en la totalidad de las actividades económicas. *La nueva organización del trabajo es el taylorismo*. Si bien el trabajo en cadena continúa difundiéndose, en Francia sólo afecta a alrededor de un 5% del total de los asalariados; la novedad del taylorismo no reside ahí (aunque la cadena ya no sea la de la década de 1960). Su novedad reside en su extensión y en la aplicación de sus principios más allá de la cadena: presiones en torno a la calidad y los plazos, trabajo sometido a cadencias impuestas (máquina de inyección de plástico o freidora en un *fast-food*), trabajo repetitivo (+ 50% en los años ochenta, según las declaraciones de los asalariados en una encuesta del Ministerio de Trabajo), ritmo de trabajo impuesto por la dependencia de un compañero, ampliación del alcance de las normas en la empresa, peticiones de los clientes, etc. La taylorización de las tareas, que se había vuelto contraproducente a finales de la década de 1960, ha recuperado (y con creces) su dinámica tras la crisis de la década de 1970.

El trabajo no se ha «humanizado»; la disciplina es la de nuevas formas de remuneración, de primas y de sanciones, así como la de los nuevos criterios de promoción; es la disciplina del sistema de «flujos», de la «calidad», del «grupo»; es la disciplina del miedo al desempleo. Se trata de una disciplina impuesta, pero ¿cabe pedirle a la relación salarial otra cosa? «Los diques han sido desbordados. Han desaparecido los impedimentos sociales y los obstáculos técnicos que durante casi cien años permitieron confinar el trabajo taylorizado a los talleres de unas pocas empresas que producían en serie [...] De ahora en adelante, la lógica del trabajo prescrito, subdividido y controlado se infiltra en todas partes.» (Guillaume Duval, *op cit,* p. 165). Si no nos contentamos con sandeces como el «carácter antropológico del trabajo» y la «cooperación contradictoria con el valor», y recobramos la verdadera historia del capital, de la crisis y de la reestructuración tal y como se puede captar en el proceso de producción inmediato, podremos comprender cómo la crisis aparentemente mortal del taylorismo ha podido ser superada mediante... la *extensión del propio taylorismo*.

c) Organización del proceso de trabajo/colectivo obrero/ciclo de luchas

Según Dauvé y Nesic, «antes», durante los «Treinta Gloriosos», existía una «implicación» obrera en el proceso laboral, y ahora ya no hay ninguna. A la clase capitalista le resulta muy difícil volver a crear esta situación, y sin ella no hay reestructuración.

La visión apologética y angelical de los «Treinta Gloriosos» vertebra siempre el discurso de los autores. Los obreros habían trocado su papel de «peones» por un aumento constante de sus salarios. Pero, ¿por qué la clase capitalista se esfuerza tanto por romper esta vieja organización del trabajo en su forma más rígida? Dauvé y Nesic nos responden: porque los trabajadores se rebelaron. Pero entonces, ¿qué fue de la «adhesión»? Tenemos que suponer que se adhirieron en tanto trabajadores y se rebelaron en tanto seres humanos. Esta organización del trabajo, lejos de ser un dispositivo de «implicación» de los trabajadores, fue un formidable dispositivo de resistencia obrera. Todo lo contrario de la «implicación», *a pesar de los «salarios elevados»*.

Dauvé y Nesic nos dicen que lo que fracasó en Turín quizás no dé resultado en el «tercer mundo». A largo plazo (esperamos no estar todos muertos) esto puede parecer indudable, pero a corto o medio plazo, China roza el 10% de crecimiento anual y la clase capitalista se está llenando los bolsillos. La acumulación del capital es idéntica a su necrología, pero quienes olvidan que los términos de esta proposición son recíprocos no entienden ni la necrología ni la acumulación. ¿Qué es lo que fracasó en Turín? No fue el intercambio de «salarios elevados» contra la reducción a la condición de «peón». Los «salarios elevados» eran para los que no eran peones (obreros profesionales, empleados, etc.) y la condición de «peón» era para quienes no tenían «salarios elevados». La constante del Otoño Caliente de 1969 en las fábricas FIAT fue la reivindicación de importantes aumentos salariales por parte de los OS, mientras que la CGIL, apoyada por otras categorías de trabajadores, buscó constantemente reducir los conflictos al control… sobre la organización del trabajo. La cuestión de la «calma» (muy relativa: conviene recordar que toda referencia a los conflictos de los años cincuenta y sesenta está ausente del folleto de Dauvé y Nesic) en las fábricas hasta finales de los años sesenta no puede ser comprendida de forma abstracta a partir de una estructura de la relación social reducida al «compromiso fordista». La cuestión hay que remitirla a la naturaleza del «colectivo obrero» y, por tanto, a la de la «hegemonía» constituida en él. En el caso de FIAT, durante el Otoño Caliente, el vuelco en la hegemonía adquirió a menudo formas violentas entre distintas categorías de trabajadores: una descualificación simbólica, física y organizativa del obrero profesional o del operario. Incluso suponiendo que aceptáramos la noción de «compromiso», no se produjo la ruptura de un «compromiso», pues quienes lo «rompieron» no fueron aquellos con los que se había pactado. Es cierto que todo esto no impidió que la organización del trabajo saltara por los aires. Pero, como hemos visto, en todos los frentes —del mercado de trabajo al proceso productivo en su materialidad, pasando por el Estado del bienestar y la representación sindical y política—, la clase capitalista supo desestructurar el poder obrero tal como éste se había manifestado, así como reconstituir otros dispositivos de movilización productiva de la fuerza de trabajo que terminaron cuajando en un sistema.

Si «el taylorismo demostró ser contraproducente en Turín» (p. 19), fue debido a la lucha de los obreros de la FIAT. Los límites del taylorismo, en la fase de expansión

anterior, no radicaban exclusivamente en el proceso de trabajo, sino en la combinación de éste con la creación de una fuerza de trabajo homogénea dentro de un mercado laboral en el que el paro era limitado y en una situación de elevados aumentos de productividad. El taylorismo fue una máquina de guerra contra el OP[10], pero acabó produciendo una fuerza de trabajo a la vez colectiva a nivel de la fábrica y social a nivel de la reproducción en conjunto que se mostró incapaz de absorber; sólo se convirtió en un límite del proceso de trabajo porque fue una lucha de clases. El taylorismo no «se agotó porque negaba desmesuradamente la dimensión cooperativa del trabajo» (p. 19), como piensan los «antropólogos». Esta «dimensión cooperativa» es obra del capital, algo que los proletarios encuentran ya preparado, frente a ellos, al ingresar en el proceso de trabajo; no es algo que les pertenezca por derecho propio y de lo que el capital se apropia.

La clase capitalista se enfrentaba a dos necesidades: quebrar el colectivo obrero, y quebrar la relación entre incrementos salariales y ganancias de productividad. A partir de ahí «improvisó», sobre la marcha, una nueva organización del trabajo en el proceso de producción inmediato.

Ya sea en los sectores taylorizados desde hace ya mucho, en los que la organización del trabajo se modifica profundamente, o en aquellos, mucho más numerosos, en los que los métodos tayloristas se imponen de forma diferente, pero conservando los principios básicos del taylorismo, el colectivo obrero queda profundamente trastocado. Determinadas categorías son expulsadas o confinadas a tareas subalternas: los OS, los obreros de oficio (los antiguos «señores de los talleres») y los jóvenes procedentes de la formación profesional. Los obreros profesionales, cuyos conocimientos técnicos están siendo cuestionados y cuya autonomía está siendo impugnada, frente a los operarios y los técnicos, ya no saben lo que son (igual que los supervisores). Otros se ven «valorizados»: los operarios de planificación de sistemas automatizados, los técnicos de producción. Estos últimos se convierten en el eje en torno al cual se organiza este proceso de desclasificación/reclasificación del colectivo. Junto a una masa de obreros marginados, cuyas tareas se han vuelto subalternas, triviales y rutinarias, reducidos a meros sensores a los que, además, se les imponen nuevas constricciones, surge una categoría de obreros en la confluencia de las tareas directas e indirectas, responsables de operaciones polivalentes tanto horizontal (del mismo nivel de abstracción en varias máquinas) como verticalmente (tareas de diferentes niveles en una misma máquina).

Si tomamos el ejemplo de la fábrica de Peugeot en Sochaux, estudiada por Beaud y Pialoux en *Retour sur la condition ouvrière* (Ed. Fayard), se imponen dos constataciones: la «solidaridad de resistencia» en la fábrica llegó a su punto culminante durante la década de los setenta, *en el momento en que la «compensación salarial» estaba en su apogeo*. A principios de la década de 1980, esta «cultura de taller», este «saber hacer colectivo» había desaparecido o, al menos, ya no era operativa. El trabajo había sido reorganizado en grupos o equipos en torno a un «monitor» (escalafón intermedio entre obreros y jefes de equipo), se había introducido un sistema de primas colectivas e individuales, se había establecido un autocontrol de los equipos, y la supervisión había sido reemplazada por jóvenes BTS[11]. La prima por equipo comporta la llamada al orden de los «desviados» por parte del propio grupo; los que no quieren o no pueden aceptar las formas mínim as de «participación» son marginados. Al mismo tiempo, la presencia masiva de trabajadores

[10] Obrero profesional. [N. del t.]
[11] Técnicos superiores [N. del t.]

temporales hace pesar una amenaza permanente sobre los obreros, a la vez que con frecuencia los releva de los puestos de trabajos más duros. Luchando contra la inercia y la resistencia obreras *heredadas de la antigua organización*, se trata de hacer funcionar la solidaridad del taller en beneficio de la dirección: se supone que la marcha cotidiana del taller se delega en el colectivo obrero. La «implicación» siempre es una imposición, una relación de fuerzas; jamás es un compromiso. *En el capital, el reconocimiento del valor del trabajo es siempre el medio de esclavizarlo al máximo*.

La nueva organización del trabajo ha hecho desaparecer del panorama a la «élite obrera»: el obrero profesional autónomo en su trabajo. Los OP, figura fundamental del antiguo ciclo de luchas, socializaron a los OS en el marco de instituciones propiamente obreras y encarnaban una esperanza de promoción. Ahora hay una brecha entre el nivel de los OS y el de los técnicos, totalmente aislados de los obreros a pesar de su presencia física en los talleres de fabricación. Es completamente cierto decir que la condición obrera se homogeneiza hacia abajo. Cuando no pasaba a ser OP, el OS podía convertirse en controlador, operador de carretilla, ajustador, pero las tareas de todos estos empleos periféricos están cada vez más integradas en las tareas de producción. En todas partes, la competencia sustituye a la cualificación. El monitor es el ejemplo típico de esta sustitución; las innovaciones organizativas y tecnológicas han atacado por la retaguardia al antiguo sistema basado en la antigüedad y las cualificaciones profesionales. La clase capitalista ha creado una nueva organización del trabajo, pero es una nueva organización del trabajo asalariado productiva de plusvalor, y como tal, esta nueva organización tiene que ser *impuesta* en el marco de la lucha de clases. No se lanza en paracaídas ya prefabricada sobre las empresas, como se han visto llevados a creer quienes han considerado el fordismo como una construcción a priori.

A menos que nos imaginemos un capitalismo que ya no fuera capitalista, no es en absoluto «contradictorio» —frente a la opinión de Dauvé y Nesic— «reducir a un peón a aquel que valoriza sistemas complejos que requieren una disponibilidad mucho mayor que la del OS» (p. 21). Esto no puede dejar de plantear problemas para la valorización del capital, de eso no cabe duda, pero de lo que se trata es precisamente de la reestructuración *del capital*, no de la búsqueda del mejor proceso de producción cooperativo. Repitámoslo: en la cooperación, los trabajadores han dejado de pertenecerse a sí mismos; la cooperación es una función del capital, en el sentido de que es consustancialmente una imposición de la extorsión de plustrabajo. La «movilización» de los trabajadores siempre ha sido disciplinaria, y la OCT es el ejemplo perfecto; es precisa una cierta dosis de irrealidad para convertirla en el modelo de «adhesión obrera».

3) La globalización

En lo que concierne a la reestructuración, el nivel en el que todo se entreteje es el del ciclo global del capital. La globalización del capital no es una característica junto a otras, como la reproducción de la fuerza de trabajo, la moneda, el proceso de producción inmediato o la relación entre producción y circulación. La globalización del ciclo del capital es la forma general de la reestructuración; sólo así existe la fluidez de la reproducción del capital. No es la dinámica de ésta, que sigue siendo la del plusvalor relativo, sino la síntesis de todas las características, una especie de abstracción intermedia.

La globalización no es una extensión homotética de las relaciones capitalistas en cada parcela de los territorios que constituyen el planeta, sino una estructura específica de explotación y reproducción de la relación, tal y como ha sido reestructurada, como geografía. En tanto geografía, es el contenido como forma de la reestructuración de la relación entre proletariado y capital. Segmentación, flexibilidad, reducción del valor de la fuerza de trabajo mediante las combinaciones sociales de su reproducción y mantenimiento, se han convertido en sí mismas en procesos de difusión ilimitada, al igual que la transformación del plusvalor en capital adicional o la apropiación de las fuerzas sociales del trabajo. No abordar las transformaciones del mercado mundial más que como competencia entre capitales equivale a quedarse en una visión parcial de la globalización. Esa visión no asume que una transformación semejante del plusvalor en capital adicional sólo existe si el proceso de producción inmediato, donde se forma el plusvalor, y si la renovación del cara a cara con el trabajo, donde ésta se convierte en capital adicional, son un proceso de producción, y una reproducción de la fuerza de trabajo reestructurados a su vez.

a) Homogeneidad, jerarquía y desarrollo capitalista endógeno

Al presentar su investigación de las condiciones de la «buena salud real o esperada» del capital y sus nuevos ámbitos de desarrollo (p. 40), Dauvé y Nesic ofrecen como primer criterio la siguiente apreciación: «El capitalismo presupone un espacio homogéneo, cuantitativo y democrático, en el que cada portador de mercancías equivale a su vecino: lo contrario, pues, de las barreras de casta o étnicas.»

Los autores confunden valor y capital. ¿Quién es este «portador de mercancías» que equivale «a su vecino»? Si se trata del pequeño productor que lleva su producto al mercado, no nos interesa más que marginalmente y tendremos que señalar que son las mercancías las que se relacionan entre sí y se equivalen; da exactamente lo mismo que su portador sea un hombrecillo verde. Cuando se trata del portador de esa mercancía tan particular que es la fuerza de trabajo, el capital se deleita en la diversidad de sus orígenes, en sus peculiaridades, en la originalidad de sus métodos de formación y reproducción, así como de su segmentación. Incluso se las ingenia para crear nuevas distinciones sin cesar. El espacio teórico de la pequeña producción mercantil, que nunca ha existido como tal en tanto formación social histórica, corresponde más o menos al afán de los autores, no al espacio del capital. El espacio de la acumulación capitalista es el de los niveles de desarrollo desigual, la dependencia y el intercambio desigual, y es a la vez fragmentado y homogéneo. La fragmentación y la homogeneidad residen conjuntamente en la transformación del valor en precio de producción, incluida la nivelación de las tasas de ganancia. Desde los trabajos de Arghiri Emmanuel, Wallerstein, Braudel, Samir Amin, Palloix y Gunder Frank sobre el sistema capitalista mundial, hasta los más recientes de Michalet, Carroué o Adda, se da una constante: ya se trate de la internacionalización o de la globalización, una y otra se definen a través de la relación entre las *diferenciaciones* territoriales (nacionales o regionales) y la *homogeneización*, siempre jerárquica, ligada a la acumulación del capital.

En primer lugar, el capitalismo presupondría un «espacio homogéneo» (es decir, el de la pequeña producción mercantil), lo cual presupone, en segundo lugar, que «un país sólo puede desarrollar esas condiciones (las del espacio homogéneo, N. del A.) desde el interior». De las revoluciones industriales endógenas llevadas a cabo (con dificultad para

algunos países, como Austria-Hungría o Italia) durante el último tercio del año del siglo XIX, deberíamos concluir, por tanto, que el espacio capitalista está cerrado desde esa época. Por último, y, en tercer lugar, los «dragones» están «lastrados por la falta de desarrollo autosuficiente»; conclusión: «estos países llegan demasiado tarde» (para el desarrollo «autosuficiente», de eso no cabe duda). Pruebas que apoyan este razonamiento: no es así como se desarrolló Estados Unidos. No podemos sino estar de acuerdo con esta demostración: es evidente que Malasia no va a convertirse en Estados Unidos. Del mismo modo que, para Dauvé y Nesic, en el «centro» sólo ha habido capitalismo «fordista», en la «periferia» sólo puede haber capitalismo «autosuficiente» (p. 41). La validez de la segunda proposición ratifica la de la primera. «En el juego de la competencia global, gana quien ha desarrollado también su mercado interior» (p. 41). Ahora bien, en la actual globalización del modo de producción capitalista ninguna cuestión se plantea así. La cuestión no es saber si Indonesia ganará y *contra quién,* sino de qué modo participa, dentro de su marco nacional, en la competencia y la valorización *en el seno del capital global*. Como dijo Nesic en *Crise sociale/Mythes et réalités*, ya no se puede reclamar a ninguna fracción del capital mundial invertido en el marco de un área nacional que posea dentro de sí misma las determinaciones de su coherencia.

«Por más que estos países (los «tigres» o los «dragones», N. del A.) sean jóvenes, llegan demasiado tarde a un mundo capitalista que a menudo rejuvenece más rápido que ellos.» (p. 41). La fórmula es bonita, pero plantear la famosa pregunta «¿pueden industrializar el Tercer Mundo?» e imaginarse como respuesta positiva la competencia de igual a igual entre Estados Unidos y Taiwán, uno y otro como un todo coherente y autosuficiente, equivale, por supuesto, a no poder responder más que negativamente. En el juego de la competencia mundial, por lo que se refiere al calzado deportivo, es obvio que Indonesia o Vietnam no pueden competir con el fabricante estadounidense Nike (o a la inversa...).

«No es posible, mediante salarios bajos, transferencias de tecnología y fábricas llave en mano, fabricar un coche de calidad estadounidense o europea en Yakarta o Manila y venderlo en Bruselas un 10% más barato que un Renault o un Fiat.» (p. 41). Quizá no de calidad estadounidense o europea, pero sí japonesa, y venderlo en Europa es posible, lo cual no está nada mal... es lo que hace Toyota con sus modelos deportivos fabricados a lo largo de una red que cubre el sudeste asiático.

¿Por qué lo que es posible para los ordenadores, los televisores (véanse las últimas aventuras de Thomson y sus competidores chinos, que acaparan un tercio del mercado estadounidense) para los reproductores de DVD, etc., no podría serlo para los automóviles?

b) La globalización: valorización de las desigualdades y disociación territorial

No existe un «mercado mundial» como el que Dauvé y Nesic contemplan y esperan (para el éxito de la revolución comunista...), es decir, un espacio homogéneo en el que cada cual «equivale a su vecino». Desde el sector agroalimentario hasta los aceros especiales, la entrada en el mercado mundial está controlada por un número restringido de empresas. El mercado mundial no está abierto; es, desde el principio, un «espacio acordonado» (Michalet) definido por la creación y la reproducción de divisiones y compartimentos estancos. Se trata de la concatenación de tres niveles: las estructuras creadas por las grandes empresas y sus subcontratistas, los «mercados» internos

jerarquizados de las multinacionales, y las alianzas entre esas multinacionales. El acceso al mercado mundial rara vez escapa a esta red. Dauvé y Nesic presentan como condición para una globalización «exitosa» que garantice la «buena salud» del capital, algo que no tiene estrictamente ninguna posibilidad de hacerse realidad, porque esta condición no tiene nada que ver con el objeto al que supuestamente se aplica.

Es evidente que las nuevas periferias no van a ser las ganadoras en la competencia mundial, porque la globalización es el despliegue de estrategias de valorización de desigualdades espaciales cada vez más refinadas y sistemáticas, es decir, sociales. Podemos hacer hincapié en las contradicciones inherentes a este tipo de despliegue del capital (dependencia de capitales extranjeros volátiles, desajuste entre el crecimiento de la producción local y el consumo, fragilidad en relación con los pedidos, versatilidad de los mercados, dependencia de los tipos de cambio y de los tipos de interés), pero hay que tomarlas como lo que son, contradicciones *de su propio sistema* y no debilidades con respecto a una carencia.

Dauvé y Nesic tienen toda la razón: los territorios de los países «subdesarrollados» que se convierten en «países recientemente industrializados» o «emergentes» son «territorios disociados» o «sistemas de mosaico», por utilizar las extravagantes expresiones de Laurent Carroué. Es obvio que un territorio nacional disociado y con extraversión sistémica plantea al Estado problemas de unidad y construcción nacional al mismo tiempo que, para el proletariado, las exigencias de su reproducción esquivan todas las necesidades que se cierran sobre este espacio «nacional». Segmentaciones que antes se encontraban en espacios más o menos restringidos (un capital nacional nunca ha uniformizado su territorio ni la reproducción de la mano de obra: ni Estados Unidos, Alemania, Francia o Gran Bretaña, y menos aún España o Italia) *se despliegan ahora a escala planetaria*.

La lógica de la «disociación de territorios» ya no es sólo una determinación de la relación Norte-Sur, sino general de la reestructuración. En la medida en que transforma las áreas dominantes antiguamente constituidas, la «disociación» no es un signo de la incapacidad del período actual de presenciar el surgimiento de nuevas áreas capitalistas.

«Hoy en día no hay suficiente espacio en el mercado mundial para países que viven del comercio exterior» (p. 42). Extraña problemática: como si se tratara de que este comercio exterior fuera una yuxtaposición de entidades realmente autónomas y no, la mayoría de las veces, una organización intraempresarial, o como si el mercado mundial fuera también una constante. Sería necesario «hacer circular los coches en el país que los produce» (p. 42) para salir de la camisa de fuerza del mercado mundial, nos dicen, y — ¿por qué no? — todos los coches fabricados por Peugeot en el Territorio de Belfort.

El «escenario malo», extremadamente caótico, es el que se ha impuesto, pero es éste el que estudiar en sí mismo y no en relación con el hecho de que no sea el «bueno».

En la actualidad, para Dauvé y Nesic, todo está bloqueado: «Las normas internacionales bloquean la acumulación extensiva en forma de industrias pesadas al estilo soviético o de industrias ligeras que produzcan bienes de consumo.» (p. 46). Esto es falso: la industria siderúrgica y aeronáutica brasileña, los automóviles y los chips coreanos, los televisores, los juguetes y el aluminio chinos, las camisetas tunecinas, los medicamentos genéricos indios, etc., etc. Las deslocalizaciones «apenas permiten esbozar un desarrollo autónomo» (p. 47). Esto es exacto. Pero tanto valdría pedirle a un nenúfar que crezca en el Sahara. Volvemos a la cantinela: sin «desarrollo autónomo autosuficiente», sin «compromiso», sin un movimiento obrero institucionalizado, sin el

famoso «vínculo social» y la no menos famosa «adhesión obrera», etc., no puede haber un «capital dinámico», porque «el salariado no puede funcionar contra los asalariados» y «el Estado debe representar el interés general». En lo tocante a México, al inevitable «antes» que abre el párrafo le sigue una hermosa frase bien equilibrada: de «el ideal de autosuficiencia de un país» hemos pasado a «la autosuficiencia de un barrio o un pueblo». Debe tratarse de las exportaciones de petróleo y de las maquiladoras. Las exportaciones de petróleo y las maquiladoras son inestables, y nunca convertirán a México en la nueva Alemania. Pero ese no es el problema y, a fin de cuentas, el «fordismo» tampoco fue muy estable, por no hablar de la industria subvencionada de las tentativas de desarrollo autosuficiente y populista en las periferias.

c) Desestructuración y recomposición

«Hoy en día, el capital desestructura más de lo que estructura», repiten los autores. Es cierto que estamos asistiendo a una desestructuración de todos los capitales nacionales, tanto en las economías emergentes como también —lo cual es mucho más interesante para entender la naturaleza del fenómeno— en los centros más desarrollados. Ahora bien, ¿es tan evidente que el capital desestructure en lugar de estructurar? La estructura se encuentra en otra parte, en la estructura de las empresas y las redes, y también en las formas estatales/infraestatales/supraestatales de planificación del acondicionamiento de los territorios y de gestión de la mano de obra.

Si nos fijamos en el marco nacional o local, el capital desestructura; si consideramos los tres niveles de escala (mundial, continental, nacional o local), sea cual sea el sector de actividad, el capital estructura enérgicamente el espacio de su valorización, es decir, la reproducción de las relaciones sociales *capitalistas*.

La globalización subraya las profundas diferencias territoriales existentes y valoriza las desigualdades espaciales, pero hace algo más que subrayarlas: jerarquiza esas diferencias en el seno de una totalidad que escapa a su control.

En el caso de las deslocalizaciones, la desestructuración del tejido industrial regional o nacional no se ve en absoluto «compensada» por la creación de una coherencia nacional en los países subdesarrollados que acogen los nuevos emplazamientos. Ahora bien, la coherencia y la estructura residen en otra parte: a escala global. Dauvé y Nesic esperan que la globalización sea la repetición ampliada del nacimiento de las grandes naciones industriales actuales. A partir de la constatación de la evidente imposibilidad de que se empiece a realizar mínimamente esa hipótesis, concluyen no que su hipótesis es inadecuada frente a la realidad del capitalismo, sino que la realidad actual del capitalismo es inadecuada frente a su hipótesis.

La época histórica en la que el capital «aún podía reivindicar un carácter "progresista"», con la función de liquidar «arcaísmos» y de permitir a miles de millones de seres humanos acceder a la «modernidad» (p. 44) ha llegado a su fin; por supuesto, todas las comillas —maravillosas comillas— están puestas, pero no estamos muy lejos de una teoría de la decadencia. El capital era progresista, pero ya no lo es. Observamos que hasta la «crisis del fordismo» el capital no fue *realmente* progresista, sino que «*presumía* (el subrayado es nuestro) de tener un carácter progresista». ¡Formidable matiz! Aquí tenemos, pues, como criterio de la reestructuración del capital, su capacidad o no de mantener un discurso autojustificativo. Observemos que si el discurso que pretende «derrotar al hambre, abrir escuelas, liberar a las mujeres, conferir dignidad» (p. 44) fuera

un criterio, sólo se podría concluir, escuchando a G.W. Bush, que el capitalismo está en plena fase progresista y que Kennedy y Rostow, que sólo pretendían contener el mal, fueron unos defensores del oscurantismo.

¡Seamos cínicos! ¿Existe un acceso a la modernidad (sin comillas) más completo que la de cientos de millones de campesinos chinos hacinados como mano de obra temporal en las afueras de las metrópolis bajo el fulgor de los rascacielos, que la de decenas de miles de jóvenes indonesias fabricando muñecas Barbie multiétnicas, que la de niños liberianos de doce años introduciéndose —Uzi en mano— en el comercio internacional de diamantes, o que la de una cuarta parte de las jóvenes moldavas de entre 18 y 30 años que vienen a Europa Occidental a prostituirse?

Si el cinismo nos guarda de pretender regular el curso del capital a partir de nuestras hipótesis, se conforma, sin embargo, con constatar cómo son las cosas y decir «es así». Hemos sostenido que la desestructuración de la que hablan Dauvé y Nesic es sólo una ilusión de escala, que se trata de una reestructuración y de una coherencia a escala mundial principalmente a través de la organización de empresas multinacionales. Cabe objetar que éstas sólo se encargan de una fracción minoritaria de la producción capitalista mundial. Nosotros respondemos que controlan y priorizan los sectores en los que actúan y que son la única forma de acceder al mercado para la práctica totalidad de las empresas. Ahora bien, hay otra objeción mucho más fundamental: la yuxtaposición de estrategias de empresas coherentes, *a su nivel,* no engendra *ipso facto* la coherencia de la reproducción de las relaciones sociales capitalistas.

d) La globalización: disyunción entre valorización del capital y reproducción de la fuerza de trabajo

La nueva organización mundial capitalista impone, a escala planetaria, el contenido y la forma de la relación de explotación capitalista, tal como surgió de la reestructuración que nació de la derrota obrera de principios de los años setenta. De la reestructuración de la relación de explotación ha surgido un nuevo mundo. Donde antes existía una localización conjunta de los intereses industriales, financieros y de la mano de obra, puede establecerse *una disyunción entre la valorización del capital y la reproducción de la fuerza de trabajo*.

Es fácil imaginar esta coherencia mundial de la valorización si nos quedamos en el nivel de máxima escala: los hipercentros capitalistas que agrupan las funciones superiores a través de la jerarquía que hemos visto establecerse en la organización de las empresas (finanzas, alta tecnología, centros de investigación...), zonas secundarias con actividades que requieren tecnologías intermedias, y que integran la logística y la distribución comercial; zonas que limitan de forma difusa con las periferias dedicadas a actividades de montaje —a menudo en régimen de subcontratación— y, por último, zonas de crisis y «vertederos sociales» en las que prospera toda una economía informal de productos legales e ilegales. Esta economía «negra» no sólo permite la supervivencia de esas zonas, sino que también, —a través del tráfico de mano de obra, de energía y de capitales de origen «no declarado»— permite la fluidez de las regiones que la rodean. (¿Cabe imaginar la reproducción en las repúblicas petroleras y gasísticas de Asia, por ejemplo, sin el opio afgano, o la supervivencia de los sectores «modernos» de Bolivia sin la producción de coca?)

Si la valorización del capital se unifica mediante esta zonificación, no sucede lo mismo con la reproducción de la fuerza de trabajo. Cada una de estas zonas tiene modalidades específicas de reproducción. En el primer mundo: franjas de salarios elevados con privatización de los riesgos sociales instaladas en fracciones de la fuerza de trabajo en las que se han conservado ciertos aspectos del «fordismo», y otras, cada vez más numerosas, sometidas a un «nuevo compromiso». A largo plazo, lo mejor que cabe esperar es pertenecer a esta fuerza de trabajo colectiva comprada de por vida a cambio de un ingreso social miserable y, por ende, explotada individual y transitoriamente a costos menores. En el segundo: regulación mediante bajos salarios impuestos por una fuerte presión migratoria interna y una gran precariedad del empleo, islotes de subcontratación internacional más o menos estables, con poca o ninguna garantía de riesgos sociales y migración laboral. En el tercero: ayuda humanitaria, tráficos varios, supervivencia agrícola, regulación por toda clase de mafias y guerras más o menos microscópicas, pero también mediante la reactivación de las solidaridades locales y étnicas. El capitalismo está en vías de lograr la hazaña de reelaborar el clan, la etnia y la «sociabilidad primaria» para consolidarlos como órganos específicos de la reproducción de su fuerza de trabajo disponible. Existe una disyunción total entre la valorización mundial unificada del capital y la reproducción de la fuerza de trabajo adecuada a esa valorización. Entre las dos, *la relación recíproca de estricta equivalencia entre la producción en masa y modalidades de reproducción de la fuerza de trabajo que definían al fordismo ha desaparecido*.

Hemos dicho que era relativamente fácil percibir esta coherencia al nivel de máxima escala, pero a ese mismo nivel, dicha coherencia no existiría si no reapareciera *a todos los demás niveles*. Sólo si existe a todos los niveles puede ser una coherencia y no una yuxtaposición, porque es así, reapareciendo a todos los niveles, como puede existir *un* mercado mundial de productos, capitales y fuerza de trabajo. La duplicación interior de esta zonificación es una determinación funcional del capital: mantiene, a pesar de la ruptura entre los dos, unos mercados mundiales en expansión y una ampliación global de la fuerza de trabajo disponible, *al margen de su necesaria relación en un mismo ámbito de reproducción predeterminado* (por eso la zonificación debe ser una duplicación interior). Una auténtica hazaña, «improvisada» en el curso de la reestructuración, que ningún gran estratega regulacionista o neoliberal podría haber previsto.

Sólo podemos hablar de globalización de la valorización del capital en la medida en que la jerarquización no se limita a situar, una junta a otra, a escala mundial, tres tipos de espacios y funciones, cada uno de los cuales se presenta como un bloque unido y homogéneo. Si ese fuera el caso, desaparecería el principio de base del capital reestructurado como globalización: la disyunción entre la valorización del capital y la reproducción de la fuerza de trabajo. Esta disyunción ya no representaría el funcionamiento de un sistema único, sino la simple «coexistencia» de tres mundos con reglas de reproducción diferentes, uno de los cuales explota a los otros, pero conservando cada uno de ellos una coherencia particular. La ruptura de una relación necesaria entre valorización del capital y reproducción de la fuerza de trabajo quiebra las zonas de reproducción coherentes en su delimitación regional o incluso nacional. La disyunción produce la concatenación y su repetición infinita. La explotación y su reproducción organizan una geografía en la que cada territorio duplica interiormente la jerarquía mundial. En cada nivel de escala, se articulan y coexisten un núcleo «superdesarrollado», zonas llenas de focalizaciones capitalistas más o menos densas, zonas de crisis y de

violencia directa ejercida contra los «vertederos sociales», los márgenes, los guetos, y una economía sumergida de tráfico de hombres y mujeres controlada por diversas mafias.

En este nuevo mundo va instalándose un poco por todas partes un sistema de represión pre-posicionado de acuerdo con una estricta correspondencia entre la organización de la violencia y la de la economía, hasta el punto de borrar la distinción entre guerra y paz, entre operaciones de policía y guerras. En las favelas de Brasil, las cárceles de Estados Unidos, los extrarradios de las grandes metrópolis, las zonas francas de China y los entornos petroleros del mar Caspio, Cisjordania y Gaza, la guerra policial se ha convertido en la *regulación* social, demográfica y geográfica, de la gestión, la reproducción y la explotación de la fuerza de trabajo. Se trata de una gestión global: ingresos al límite de la supervivencia bajo amenaza de muerte para masas de individuos arrojados hacia las ciudades por la destrucción de la agricultura, desechados una vez utilizados y masacrados por fuerzas paramilitares o parapoliciales.

e) Una unificación del espacio capitalista

Dauvé y Nesic admiten que el mundo entero no puede ser «como Ámsterdam o Chicago», pero que «la reestructuración sólo tiene sentido reunificando el espacio capitalista más moderno y el resto del mundo a su alrededor.» (p. 48). Esa reunificación nunca fue tan estrecha, precisamente porque ya no existen espacios autónomos y autosuficientes, y porque se hace efectiva, a todos los niveles de escala, mediante la imbricación de los espacios más modernos y los más marginales. Es precisamente esta unidad extrema en la imbricación, el final del cada uno en su casa, lo que Dauvé y Nesic, cegados por su nostalgia fordiana, ven como un estallido.

Disyunción entre reproducción de la fuerza de trabajo y valorización del capital; duplicación interior en cada espacio particular de la jerarquía mundial: la coherencia de la reproducción global de las relaciones sociales capitalistas se disputa ahora en torno a estos dos puntos ligados entre sí. A Dauvé y Nesic, el «caos» les salta a los ojos hasta tal punto que los obnubila. Pero este caos no es más que el *orden de la reestructuración capitalista*. Las determinaciones fundamentales de la relación de explotación reestructurada se extienden globalmente y son reproducidas en todas partes y a todos los niveles por la fluidez de la reproducción del capital, que impone la extracción de plusvalor en su modo relativo. *La localización, territorialmente unida, de la reproducción de la fuerza de trabajo y de la valorización del capital, era el obstáculo paradigmático a esta fluidez y resumía todos los demás*.

Nunca más que ahora (y mucho menos que mañana) la valorización había puesto en movimiento a la mayor parte del planeta, incluida África, a través de sus migraciones internas hacia las regiones de plantación, las zonas mineras, las metrópolis portuarias y las migraciones extracontinentales hacia Europa o el sur de Asia. En todo Occidente, la relación entre los mayores y los jóvenes se ha desplomado, liberando así las energías necesarias para la anarquía mercantil y la explotación salvaje de los recursos encabezada por unas pocas grandes empresas, cuyos beneficios, a través de la cleptocracia local, acaban en Suiza, Guernsey, Luxemburgo o las Islas Vírgenes. Después de haber exterminado a los indios mediante el trabajo, los capitalistas importaron a negros; a esta gente nunca se le acaban los recursos.

Todo esto es feo e inestable; es el capitalismo. No es una «dominación negativa», cosa que no tiene ningún sentido: es una organización distinta del mundo capitalista.

«Otra época», es decir, «el mundo de 1950», se organizaba en torno a la expansión del trabajo asalariado y el intercambio. «Este ya no es el caso» (p. 50). No se puede decir, como hacen Dauvé y Nesic, siguiendo a Rubak, que la clase obrera está en «expansión permanente», y negar dicha expansión en cada región del mundo. Decir que en la actualidad el capitalismo «se repliega sobre sus bastiones históricos» (p. 49), aun cuando sea temporalmente, es el signo de una ceguera total. De China a México, pasando por la propia África, el vertiginoso aumento de la miseria urbana supone un formidable aumento de los intercambios; esas masas recién urbanizadas están atrapadas en los circuitos de intercambio, y el resultado es su propia miseria. ¿Qué importancia tenía el intercambio de mercancías para millones de aldeanos chinos, o para los pueblos de la Sabana? En cuanto a la extensión del salariado, desde hace treinta años, todo el sur y todo el sudeste asiático, así como los países de América Latina, ven cómo crece su población asalariada, y ahora entra en escena China, donde los barrios de chabolas situados en la periferia y alrededor de las estaciones son auténticas organizaciones del trabajo asalariado. La crisis del sudeste asiático de 1997 fue la crisis de este formidable desarrollo capitalista, y muestra las características de las nuevas modalidades de valorización internacional dominada por el capital financiero. No se puede decir que el trabajo asalariado no se esté extendiendo a menos de identificar el trabajo asalariado con el trabajo asalariado fordista.

Principios generales de la reestructuración: un criterio, los ciclos de lucha

Dauvé y Nesic tienen razón cuando afirman que lo importante para decidir si ha habido o no reestructuración no es la acumulación de hechos, sino el criterio elegido para juzgarlos. Ese criterio, para ellos, es el de la *dinámica del sistema*.

Hemos intentado demostrar que, desde este punto de vista, sólo se podía concluir que se había producido una reestructuración, a condición de que este criterio se tomara en serio, es decir, sin pedir a un sistema modificado que cumpliera los requisitos del sistema anterior.

El capital reestructurado sigue siendo el capital, y se encuentra en serias dificultades, pero *se trata de sus propias dificultades, no del hecho de que ahora ya no sea lo que fue «en otra época»*. En un sistema de explotación en el que el empleo asalariado se organiza como precario y en rotación en torno a masas a veces enormes, el capital libera una masa de fuerza de trabajo disponible superior a la que absorbe productivamente, lo que constituye al mismo tiempo la condición de estas nuevas modalidades de explotación y un verdadero problema de «regulación». La disyunción entre la valorización del capital y la reproducción de la fuerza de trabajo, que es una característica general de la globalización de la relación de explotación, engendra un régimen de desarrollo problemático en el que el restablecimiento de la tasa de beneficio no se plasma *ipso facto* en un restablecimiento de la tasa de acumulación. En la actualidad, dentro del proceso de trabajo, la clase capitalista tiene dificultades para encontrar la «combinación óptima» entre las modificaciones organizativas y tecnológicas. La economía del neotaylorismo contemporáneo ha logrado romper, al menos temporalmente, la tendencia secular del capitalismo, a saber, su intensidad en capital, es decir, que la necesidad de capital inmovilizado por unidad de plusvalor producido aumente sin cesar. Sin embargo, esta «nueva juventud» del capitalismo, como dice Guillaume Duval es, pese a todo, problemática: los incrementos de productividad ya no son crecientes, y los progresos en

la automatización que podrían hacer que lo fueran están *parcialmente* bloqueados; las inversiones materiales y, por tanto, el sector de producción de medios de producción sufren las consecuencias regularmente; cuesta encontrar oportunidades de inversión rentables para el plusvalor extraído, debido a las modalidades mismas de incremento de la rentabilidad; la necesidad de capital de las empresas es limitada, la política salarial restrictiva, corolario de las políticas de organización, limita estructuralmente la realización.

Aquí nos encontramos ante los problemas del capital reestructurado; tiene muchos otros, pero ninguno de ellos consiste en que ya no sea fordista. Es como si alguien se atreviera a decir que el problema de la Política Agrícola Común es que ha puesto fin a la autosubsistencia campesina. Muchas de las consideraciones de Dauvé y Nesic son correctas; *lo falso son la problemática de la explicación y las preguntas*.

Aunque al aceptar el criterio de Dauvé y Nesic podamos rechazar sus conclusiones y todo su planteamiento, lo más importante es reconocer que *lo irrelevante es su criterio*. Es irrelevante porque permanece dentro del marco de la objetividad del discurso y del análisis económico. Una reestructuración del modo de producción capitalista es una reestructuración de la relación de explotación, en el sentido de que es una reestructuración de la contradicción entre proletariado y capital.

Es decir, que el criterio de la reestructuración no reside en una acumulación de datos acerca del proceso de trabajo, los salarios o la globalización, y ni siquiera en su dinámica, sino en una modificación del contenido y la estructura de la contradicción entre las clases: un *cambio de ciclo de luchas*. Todas las transformaciones de las modalidades de explotación sólo se convierten en reestructuración del modo de producción siendo una contrarrevolución para el ciclo anterior y definiendo un nuevo ciclo de luchas. Es así como se estructuraron la integración de la reproducción de la fuerza de trabajo, por un lado, la transformación del plusvalor en capital adicional, por otro, y finalmente el aumento del plusvalor bajo su modo relativo en el proceso de producción inmediato, que se había convertido en obstáculo para la valorización sobre la base de la extracción del plusvalor bajo su modo relativo. Frente al ciclo de luchas anterior, la reestructuración ha abolido todos los requisitos y reglamentos, el «bienestar», el «compromiso fordista» y la división del ciclo mundial en zonas nacionales de acumulación, en relaciones fijas entre el centro y la periferia.

El principio sintético de base de la reestructuración consiste en abolir y reformular todo lo que pueda obstaculizar la autopresuposición del capital, su fluidez.

A través de esta reestructuración se abolió y superó la contradicción que había sustentado al viejo ciclo de luchas entre, por un lado, la creación y el desarrollo de una fuerza de trabajo creada, reproducida y empleada por el capital de forma colectiva y social, y, por otro, las formas de apropiación de esta fuerza de trabajo por parte del capital. Esta era la situación conflictiva que, en el anterior ciclo de luchas, se manifestaba como una identidad obrera *confirmada mediante la propia reproducción del capital* y que fue abolida por la reestructuración. De esta identidad obrera producida y confirmada en el seno de la reproducción del capital surgieron tanto un poderoso movimiento obrero como las prácticas de ruptura con él que fueron la autonomía y la autoorganización. Frente a su integración en la reproducción del capital, la revolución seguía siendo un proceso de afirmación del proletariado, de liberación de su poder existente dentro del capital, como Estado socialista o República de los Consejos. Ese movimiento fue doblegado; hubo una

derrota obrera. «Mayo del '68» fue vencido, el «otoño caliente italiano» (que duró tres años) también, lo mismo que las olas de huelgas salvajes estadounidenses y británicas, al igual que el movimiento asambleísta español, etc., sin olvidar el conjunto de la insubordinación social que se había extendido a todas las esferas de la sociedad.

Junto a la identidad obrera, la reestructuración del modo de producción capitalista superó, en contra y a través del fracaso del ciclo de luchas anterior, a principios de los años setenta, todo lo que legitimaba al proletariado a plantearse como rival del capital en el seno de la reproducción de éste. La reestructuración del modo de producción capitalista emprendida en los años setenta puso fin a esta situación, y es una nueva estructura y un nuevo contenido de la contradicción entre el proletariado y el capital, la explotación, la que ahora define un nuevo ciclo de luchas: «más allá de la afirmación del proletariado». No existe reestructuración del modo de producción capitalista sin derrota obrera. Esta derrota fue la de la identidad obrera, los partidos comunistas, el sindicalismo, la autogestión, la autoorganización y el rechazo al trabajo. Es todo un ciclo de luchas el que, *bajo todos estos aspectos*, fue derrotado. La reestructuración es esencialmente contrarrevolución, y ésta no se mide por el número de muertos.

Un nuevo ciclo de luchas

Nuevo ciclo y recomposición del proletariado

«¿De qué dinámica pueden formar parte los empleados de Moulinex que prenden fuego a una nave industrial?», se preguntan Dauvé y Nesic (p. 52). De la dinámica de este nuevo ciclo de luchas, que convierte la propia existencia del proletariado como clase en el límite de su acción de clase.

No vamos a discutir sobre si el vaso está medio lleno o medio vacío; para hablar de reestructuración lo importante es la transformación de la relación contradictoria entre las clases, es decir, la formación de un nuevo ciclo de luchas. Esta es la verdadera cuestión que está en juego en el debate sobre la reestructuración. *Reconocer que ha habido una reestructuración es aceptar que hay que dejar de intentar hacer encajar las luchas actuales en los esquemas del antiguo ciclo de luchas: ascenso de la clase, afirmación del proletariado con sus corolarios radicales, autoorganización y autonomía, y las ideologías de su fracaso, autonegación y humanismo. Es aceptar el riesgo de la novedad y los avatares de la formulación de nuevos criterios.*

La contradicción entre el proletariado y el capital se establece ahora, en el capital reestructurado, a nivel de la reproducción del modo de producción capitalista, lo cual nos proporciona el contenido abstracto del nuevo ciclo: existe una coalescencia entre la contradicción entre el proletariado y el capital y el proceso constitutivo de las clases. Estar en contradicción con el capital equivale, para el proletariado, a estar en contradicción con su existencia como clase. No se trata de una contradicción interna, sino del curso y de los límites de las luchas de este ciclo. Es esta coalescencia lo que distingue radicalmente al nuevo ciclo de luchas de todos los periodos en los que la revolución y el comunismo se presentaron como el ascenso, la liberación y la afirmación del proletariado. No se trata de un simple cambio de forma y ni siquiera de contenido, sino de una transformación de la composición de la clase obrera y, por tanto, de su práctica. *El nuevo ciclo de luchas no es un milagro estructuralista*, sino la acción de una clase obrera recompuesta. Se trata de la

desaparición de los grandes bastiones obreros y de la proletarización de los asalariados, de la terciarización del empleo obrero (especialistas de mantenimiento, conductores de máquinas, camioneros, repartidores, operarios de almacén, etc., son los tipos de empleo ahora mayoritarios entre los trabajadores), del trabajo en empresas o centros más pequeños, de una nueva división del trabajo y de la clase obrera con la externalización de las actividades de bajo valor añadido (trabajadores jóvenes, pagados con el salario mínimo, a menudo temporales, sin ninguna perspectiva profesional), de la generalización de la producción «justo a tiempo», de la presencia de jóvenes trabajadores para los que la escolarización ha cortado el hilo generacional y que rechazan masivamente el trabajo fabril y la condición obrera en general, de las deslocalizaciones.

Frente a la acción obrera, el proceso de trabajo capitalista se ha vuelto realmente mucho más frágil, pero será preciso que en el curso de este nuevo ciclo de luchas se efectúe una recomposición de la clase en torno a estas nuevas figuras del trabajador taylorizado en el conjunto de la sociedad, intrínsecamente ligada a las luchas en torno a las nuevas modalidades de la reproducción (precariedad, desempleo, flexibilidad, movilización extensiva), para que esta fragilidad se convierta en la realidad de luchas obreras masivas y recurrentes. No es la figura del precario, en tanto situación social particular, la que constituye en sí misma la nueva figura central de la recomposición obrera; es este obrero socialmente taylorizado y por eso mismo contaminado por todas las características de la precariedad. Un proceso largo y difícil que pasará por fases y *circunstancias* imprevisibles, pues la naturaleza misma de esta recomposición contiene su anverso en el debilitamiento individual de los proletarios, su mayor sustituibilidad y el declive del poder que representó frente al capital la cualificación profesional (esa relación extraña, pero durante largo tiempo eficaz, entre el OS[12] y el OP), así como la existencia de una identidad obrera. Sin embargo, es en la propia dificultad donde radica la esperanza y la posibilidad de una lucha contra el capital que sea inmediatamente la abolición de todas las clases.

La paradoja de esta nueva composición de clase es que hace desaparecer el reconocimiento de la existencia de la clase obrera en el mismo momento en que su condición se extiende y en que esta «desaparición» no es más que el efecto de esta nueva composición y de su segmentación. La clase obrera no puede estar más presente y la lucha de clases es el eje en torno al cual gira la historia, pero, por un lado, ya no resulta confirmada dentro de la reproducción del capital y, por otro, la contradicción del proletariado con el capital contiene su propia puesta en entredicho.

Cuando la relación contradictoria entre proletariado y capital se define sólo dentro de la fluidez de la reproducción capitalista, el proletariado sólo se opone al capital en el seno del movimiento en el que él mismo es reproducido como clase. Esta confrontación del proletariado con su propia constitución en clase es ahora el contenido de la lucha de clases y *lo que está en juego* en ésta es la puesta en entredicho por parte del proletariado de su propia existencia como clase y de todas las clases.

Autoorganización y autonomía: una fase pasada de la lucha de clases

Hay un viejo antecedente del que nos resulta muy difícil deshacernos: la confusión entre el reconocimiento del proletariado como clase y esas formas históricas *particulares* que fueron la *autoorganización* y la *autonomía*.

---

[12] Ver nota 5. [N. del t.]

En *Solidarité*..., Dauvé y Nesic *constatan* el «cambio de significado de la autonomía obrera». No por eso dejan de afirmar que «la autoorganización sigue siendo una condición necesaria de toda lucha y, con mayor razón, de toda acción comunista». (*Solidarité,* p. 4). Aunque reconocen que una organización en la que «todos y cada uno y el grupo actúan para sí mismos y juntos» (*ibíd.*) es una condición necesaria de cualquier lucha radical y de la acción comunista, no es, nos dicen, una condición suficiente. En efecto, las luchas autónomas han optado por «no poner en cuestión los fundamentos del capitalismo», y es «esa misma autonomía la que anima los movimientos surgidos en los últimos diez años» (*ibíd.*). Para Dauvé y Nesic, la autoorganización puede cambiar de contenido, pero no constituye en sí misma una forma histórica ni un contenido. Sin duda constatan, sin explicarlo, un cambio: «El debilitamiento del marco sindical transforma la huelga salvaje. Las prácticas y los órganos autónomos que se da la base son mucho menos antagónicos al orden sindical (y burgués) que antes, y más de una coordinadora nace, no para oponerse al sindicato, sino para suplir su ausencia, cuando no es para cederle a continuación la responsabilidad de negociar con el patrón.» (*ibíd.*). La idea de que la autoorganización y el poder sindical podrían haber pertenecido al *mismo universo* de la revolución como afirmación de la clase ni se les pasa por la cabeza, y menos aún que si hay un «cambio de significado», es porque la forma misma es un «significado». Constatan perfectamente que lo que siguen denominando «autoorganización» está ahora ligado a lo que llaman «reformismo radical», pero aguardan el regreso de la autoorganización pura y dura, la verdadera, la que, incluso en el período anterior, sólo existía en la cabeza de los consejistas y los situacionistas. El «dirigente estalinista» quizás fuese «la réplica obrera del patrón de derecho divino» (*ibíd.*), pero también era la réplica *institucional* de la autonomía.

La autoorganización o la autonomía del proletariado no son tendencias constantes más o menos intensas de la lucha de clases, sino formas históricas determinadas de ésta. Se puede despojar a esas formas de todo contenido y denominar autoorganización a toda reunión de personas que decidan en común lo que van a hacer, pero en tal caso cualquier actividad humana sería autoorganización y el término carecería de interés. La autoorganización y su contenido, la autonomía obrera, remiten a una contradicción entre el proletariado y el capital que comportaba la capacidad del primero de relacionarse consigo mismo como clase frente al capital, es decir, una relación con el capital que comportaba la capacidad del proletariado de encontrar en sí mismo su fundamento, su propia constitución, su propia realidad, sobre la base de una identidad obrera que la reproducción del capital, en sus modalidades históricas, confirmaba. No se puede hablar de autonomía sino cuando la clase obrera es capaz de relacionarse consigo misma frente al capital y de encontrar en esta relación consigo mismo tanto las bases como la capacidad para afirmarse como clase dominante. Se trataba de *formalizar lo que somos en la sociedad actual como base de la nueva sociedad a construir en tanto emancipación de lo que somos.*

No es la disminución de las luchas obreras o su carácter esencialmente «defensivo» en la actualidad lo que explica la decadencia de la autonomía: es su transformación y su inscripción en una nueva relación con el capital. Ahora, en las luchas, ya sean «defensivas» u «ofensivas» (distinción ligada a la problemática del ascenso de la clase y cuya «obviedad» habría que criticar), el proletariado reconoce al capital como su razón de ser, su existencia frente a sí mismo, *como la única necesidad de su propia existencia.*

La autoorganización o la autonomía fijan, en una etapa histórica concreta, y como contenido del comunismo, lo que es la clase obrera dentro del modo de producción capitalista. «Basta» con liberar a este ser de la dominación extranjera del capital (extranjera porque el proletariado es autónomo). En sí misma, la autonomía fosiliza la revolución en tanto afirmación del trabajo y reorganización comunista de las relaciones entre los individuos sobre esta base y con este contenido. La mayoría de las críticas de la autoorganización siguen siendo críticas formales, porque se conforman con decir: la autoorganización no es «buena en sí»; sólo es la forma de organización de una lucha, lo que cuenta es el contenido de ésta. Esta crítica no plantea la cuestión de la propia forma, y no considera ésta como un contenido ni como algo significativo *en sí mismo*.

Desde el final de la Primera Guerra Mundial hasta comienzos de la década de 1970, la autonomía y la autoorganización no sólo fueron la huelga salvaje y una relación más o menos conflictiva con los sindicatos. La autonomía era un proceso revolucionario que conducía de la autoorganización a la afirmación del proletariado como clase dominante mediante la afirmación del trabajo como organización de la sociedad. Al emancipar la «verdadera situación» de la clase obrera de su integración en el modo de producción capitalista, representada por todas las instituciones políticas y sindicales, la autonomía era la revolución en marcha, la revolución *en potencia*. Si bien este era el propósito explícito de la ultraizquierda, y a veces de los trotskistas, no era más que una ideología. La autoorganización, el poder sindical y el movimiento obrero pertenecían al *mismo universo* de la revolución como afirmación de la clase. La afirmación del ser realmente revolucionario que se manifestaba en la autonomía no habría tenido el menor viso de realidad de no haberse tratado del lado bueno y desalienado de la misma realidad que residía en un movimiento obrero poderoso que «encuadraba» a la clase. El movimiento obrero también era la garantía de la independencia de esa clase dispuesta a reorganizar el mundo a su imagen y semejanza; bastaba con revelarle a esta potencia su verdadera naturaleza, desburocratizándola y desalienándola. No era raro que los obreros pasaran de la constitución, necesariamente efímera, de organismos de lucha autónomos, al universo paralelo del estalinismo triunfante. La autonomía y el estalinismo se nutrían y se confirmaban mutuamente.

En todos los discursos actuales sobre la autonomía, lo llamativo es constatar que lo que ha desaparecido es la revolución. Lo que, hasta comienzos de los años setenta, constituía la razón de ser misma del discurso sobre la autonomía, a saber, su perspectiva revolucionaria, se ha vuelto poco menos que inexpresable. Defender y exaltar la autonomía se ha convertido en un fin en sí mismo y se tiene buen cuidado de no articularla con una perspectiva revolucionaria (los últimos en hacerlo fueron los operaistas italianos). Échanges reconoce que cada manifestación de la «corriente autónoma» cae en «avatares» constantemente renovados, y *Mouvement Communiste*, para el que «la autonomía obrera todavía escuece» (*La Lettre de Mouvement Communiste,* nº 12, sobre las huelgas en el transporte urbano en Italia en diciembre de 2003) espera que se constituya en movimiento político gracias al apoyo de una organización política estructurada que defienda… la autonomía (*cfr*. el texto, por otra parte apasionante, de *Mouvement Communiste* sobre Argentina). Para otros, como *Aufheben* en Inglaterra o Dauvé y Nesic, la autonomía sólo es una forma sin contenido ni significado en sí misma. Semejante posición de repliegue es en sí misma una contradicción insostenible, en la medida en que su mera enunciación implica que la autonomía no es sólo una forma sino una potencialidad. Sin embargo, esa «potencialidad» se ha vuelto imposible de definir. Si

en la actualidad existen luchas antisindicales y huelgas salvajes, ya no hay autonomía. Es la propia capacidad del proletariado de encontrar, en su relación con el capital, las bases para constituirse en clase autónoma *y* en un gran movimiento obrero lo que ha desaparecido. La autonomía y la autoorganización fueron un momento histórico de la historia de la lucha de clases y no unas modalidades de acción formales. La autonomía y la autoorganización significan que el proletariado es capaz de encontrar en sí mismo su propia definición frente al capital, que su contradicción con el capital no es su relación consigo mismo sino lo que es para sí mismo frente al capital. En una palabra, que es la clase del trabajo, de la producción, que ha de liberarse de la dominación y la explotación capitalista.

Si la autonomía desaparece como perspectiva, es porque la revolución ya no puede tener otro contenido que la comunización de la sociedad, es decir, en lo que al proletariado se refiere, su propia abolición. Ante semejante contenido, resulta impropio hablar de autonomía, y es poco probable que un programa semejante pase por lo que suele entenderse por «organización autónoma».

De las luchas actuales a la revolución: ¿un abismo?

«En la actualidad, la brecha entre las realidades que vivimos y una transformación comunista ha adquirido las dimensiones de un abismo.» (*Solidarités…,* p. 19)

Semejante frase podría haber sido escrita seis meses antes de Mayo del '68 y si «Mayo del '68» estallase dentro de seis meses, Dauvé y Nesic estarán ahí para mostrarnos todos sus signos precursores teóricos y prácticos. Con la vista fija en la autoorganización y en una concepción de la revolución nacida del fracaso del '68, radicalmente obsoleta, Dauvé y Nesic no pueden *ver* la reestructuración y, en consecuencia, nada de lo que ven se corresponde con lo que siguen esperando.

En diciembre de 1995, en la lucha de los sin papeles, de los parados, de los estibadores de Liverpool, Cellatex, Alstom, Lu, Marks and Spencer, etc., tal o cual característica de la lucha se presenta, en el curso de la propia lucha, como un límite, en el sentido de que esa característica específica (servicio público, reivindicación del trabajo, defensa de la herramienta de trabajo, rechazo de la deslocalización, de la gestión financiera exclusiva, etc.), a la que el movimiento se enfrenta a menudo a través de las tensiones y enfrentamientos internos de su repliegue, se reduce siempre al hecho de ser una clase.

Si podemos constatar cotidianamente que cada lucha tropieza con aquello que la constituye como acción de clase, sucede algo distinto en lo tocante a la transformación de ese «actuar como clase», convertido en límite, en *puesta en entredicho* del proletariado de su propia relación con el capital, como clase. Lo hemos atisbado fugazmente en el movimiento de acción directa, así como en la lucha de los parados y precarios; las transformaciones de la composición de clase del proletariado nos ofrecen un indicio, pero esta «puesta en entredicho» sigue siendo en gran medida una *deducción teórica*.

Deducción realizada sobre la base de:

- el colapso de toda perspectiva de ascenso, afirmación y liberación del proletariado.
- el límite actual de todas las luchas consistente en el hecho mismo de ser lucha de clases, límite que es idéntico a la dinámica de estas luchas.
- la recomposición del proletariado.

- el contenido y la estructura de la contradicción entre el proletariado y el capital reestructurado (contradicción a nivel de la reproducción: estar en contradicción con el capital es estar en contradicción con su propia reproducción como clase).

A partir del momento en que la lucha de clases se sitúa a nivel de la reproducción, a la vez que, en el seno del democratismo radical, la existencia del proletariado como clase se confunde con el capital como horizonte infranqueable, éste no puede, ni quiere, seguir siendo lo que es en cualquier lucha. No se trata necesariamente de declaraciones demoledoras o de acciones «radicales», sino de todas las prácticas de «fuga» o de negación por parte de los proletarios de su propia condición, de las luchas suicidas en Cellatex, la huelga de Vilvoorde y muchas otras, en las que sale a la luz que el proletariado no es nada separado del capital y que no puede seguir siendo esa nada (que reivindique su reencuentro con el capital no elimina el abismo abierto por la lucha, el reconocimiento y el rechazo del proletariado de sí mismo como ese abismo).

La desaparición de la identidad obrera existe *positivamente* en el seno de la ola de fondo que constituye, en cada lucha, la creación de «colectivos» que ya no son autoorganización ni autonomía. Estos órganos no son, como la autonomía, una mejor organización-existencia de la clase que sus formas institucionales representativas, sino la creación de una distancia respecto a estas formas (su existencia objetiva representada) cuyo contenido es una distancia de la clase con respecto a sí misma. Esa distancia con respecto a su existencia objetiva no significa, como en la mitología de la autonomía, la revelación de su verdadero ser. Aquí nos encontramos ante un problema real de conceptualización teórica de los objetos recurrentes y masivos representados actualmente por estos «colectivos». Es de destacar que las características del nuevo ciclo de luchas nos vengan dadas en el curso de la lucha cotidiana ordinaria. En el curso actual de las luchas, si la puesta en entredicho sigue siendo sólo una deducción teórica, es porque también es mucho más que eso.

¿Acaso podemos decir que «en la actualidad, la brecha entre las realidades que vivimos y una transformación comunista ha adquirido las dimensiones de un abismo. A menos que se engañen a sí mismos, los revolucionarios deben admitir su incapacidad actual para fijar plazos y vincular lo que tienen de significativo las luchas actuales con una lucha por el comunismo.» (*Solidarité...,* p. 19)? No.

Nunca es imposible «engañarse», pero la teoría, incluso si no defiende la inmediatez del comunismo, sólo puede «ir al lío», y el «lío» es hablar del comunismo a partir del presente. La teoría comunista debe asumir sus propios riesgos porque no hay ningún lugar al que podamos retirarnos a esperar. «En otros tiempos», por hablar como los autores, ¿acaso los signos, tan claros después (de 1968), eran tan luminosos de antemano? Ahora es fácil destacar a S. ou B. o la IS, pero incluso dentro de S. ou B., gente seria, docta y racional afirmaba que el proletariado estaba integrado. No sólo en *Le Monde* se decía que «Francia se aburría». Ahora bien, la teoría no asume sus riesgos como un pronóstico sobre algo que de todos modos sucederá (o no) sin ella. Cualquiera que sea, en un momento dado, el contenido irrisorio de su existencia, la teoría enuncia la realidad y su dinámica *incluyéndose a sí misma como un elemento real y activo de esa realidad*.

Lo más «extraño» es que Dauvé y Nesic no se privan de fijar plazos, incluso todo un calendario de ellos: son auténticos usureros de la historia. Dauvé y Nesic, que sin duda se sitúan en esa categoría totalmente ideal de los «revolucionarios», son unos huérfanos de la revolución. Uno llega a preguntarse cuál es, para ellos mismos, el objetivo de sus folletos. Si existe un «abismo» entre las «realidades que vivimos y una transformación

comunista», y si la «teoría con pretensiones revolucionarias sólo existe como expresión de un movimiento social en desarrollo, minoritario pero real, que ella refuerza a su vez» (*Solidarité…*, p. 18), si «el comunismo teórico sólo existe como capacidad de despejar las tendencias sociales embrionarias y emergentes que tienden a subvertir el capitalismo tal y como se presenta en una época dada», no tenemos más que concluir, *leyendo su análisis del período actual,* o bien que no nos queda sino callarnos, o que deberíamos decidirnos a producir el acompañamiento desengañado del «período antirrevolucionario». ¡Pero no! Dauvé y Nesic han encontrado la tabla de salvación de los períodos antirrevolucionarios: el «anhelo de comunidad humana» (*Solidarité…,* p. 18). «Anhelo» ciertamente inefable y permanente del que no volveremos a tener noticias: es el *sexto mensaje subliminal*.

El capital no prepara él mismo su propia superación. La cuestión de la posibilidad o inevitabilidad del comunismo sencillamente carece de objeto si se la sustituye por la cuestión de la lucha de clases actual en el presente. Es ésta la que define y produce su superación, que no es en modo alguno *algo hacia lo que tiende* (como presuponen la inevitabilidad y la posibilidad). El comunismo es un presente de la lucha de clases. Es el movimiento contradictorio del modo de producción capitalista, el proceso de su caducidad, el curso de la producción real (y no una tendencia o una aspiración) de su superación.

La superación producida por la dinámica de este ciclo es el momento en que la contradicción entre las clases se transforma, en el curso de la lucha, en la puesta en entredicho de la propia condición de proletario, la cual es producida, pues, en el curso del conflicto, como una constricción externa, al mismo tiempo que se lucha contra el capital en tanto proletario y simultáneamente se producen nuevas relaciones. La sociedad se comuniza, es decir, se suprime en tanto sustancia autónoma de la relación entre los individuos, que entonces se relacionan consigo mismos en su singularidad. Las relaciones sociales anteriores, sin que ello se deba a ningún plan global (inexistente e imposible), se desintegran en el seno de esta actividad social, en la que no se puede distinguir entre la actividad de huelguistas, insurrectos o amotinados, y la creación de otras relaciones entre los individuos. En el curso histórico del modo de producción capitalista, semejante situación representa la culminación y la superación de un ciclo de luchas en el que la relación entre proletariado y capital ya no es portadora de la confirmación de una identidad proletaria frente al capital, y en el que la contradicción entre las clases se sitúa a nivel de su reproducción.

La puesta en entredicho de su propia existencia como clase por parte del proletariado, es decir, la autotransformación de los proletarios en individuos inmediatamente sociales, es el momento en que su pertenencia de clase es producida, en el seno del enfrentamiento con el capital, como algo contingente. *Es lo que está en juego en este ciclo de luchas*. Aquí no hay nada determinado de antemano y, aun cuando la libertad no tenga nada que ver con el asunto, corresponde a la acción del proletariado resolver este enorme problema. Es así como podemos vincular, en su contenido y en su historia, las luchas actuales con la producción del comunismo.

Conclusión: las paradójicas lecturas de « Il va falloir attendre »

Los folletos de Dauvé y Nesic no cesan de plantear las etapas y las condiciones necesarias para el éxito de la reestructuración y la maduración de un ciclo económico y

social cuya crisis, sólo en ese mismo momento, podría ser portadora de una superación revolucionaria. Ahora bien, al hacerlo, no paran de describir la situación actual como una inmensa catástrofe, como el colapso de cualquier «compromiso» y la ausencia de «vínculo social». Al hacerlo, confirman las posiciones de aquellos para los que la situación actual se presenta como una inmensa crisis final del capitalismo sin perspectiva alguna para éste: si el capital no «socializa», «tanto mejor, haremos otra cosa», dirán los «activistas»; si el capital no logra reunir las condiciones para una verdadera reestructuración y no parece dispuesto a hacerlo, «tanto mejor, es el camino abierto para la revolución». Al no dejar otra opción que el restablecimiento de un «compromiso» de tipo «fordista» o la continuación de la crisis (crisis final permanente — los autores deberían atreverse a decirlo), estos folletos lo tienen todo para convertirse en textos de referencia para aquellos no comparten en absoluto ni sus conclusiones ni su problemática. Esta lectura paradójica acepta finalmente lo fundamental de dichos folletos y centra sus críticas en el objetivismo y la actitud expectante.

Esta crítica es fundamental, pero debe ser incluida en la crítica del conjunto de las problemáticas de los textos. ¿Quién va a esperar? No es el proletariado, así que sólo pueden ser los «revolucionarios», esa curiosidad teórica. Estos, que se definen por su «anhelo de comunidad humana», no se ponen en huelga, como todo el mundo sabe, por pensiones, aumentos de sueldo ni para evitar el cierre de una empresa; son, hasta la parusía que se les anunció en 1968, almas errantes. Por tanto, esperarán; afortunadamente están acostumbrados y la postura no carece de nobleza trágica.

Nosotros no esperamos nada, porque, ¿quién sería ese «nosotros»? Y, ante todo, no hay nada que esperar. Hay que producir la crisis revolucionaria, no como la elección de algo a hacer o no (y, por tanto, a esperar que suceda) sino como la actividad de lucha de este ciclo. Ahí no puede haber sala de espera, porque tendría que estar fuera de la contradicción de clases y de la sociedad.